



El Motín



Año XXXIII—Madrid, Jueves 5 de Junio de 1913.—Núm. 23

SUCURSAL:
Rivadavia, 1255
BUENOS AIRES

El Directorio Nacional de Unión Republicana á los republicanos españoles

Este Directorio, en sesión del día 7 de Abril último acordó dirigir á todas las agrupaciones republicanas que actúan con carácter general, la siguiente comunicación, suscrita por los señores presidente y secretario del mismo:

«Hay un sello que dice: Partido Nacional de la Unión republicana.—Directorio.

«Este Directorio, que con satisfacción y esperanza cumplió el encargo de incorporar la colectividad que representa á la «Conjunción republicano Socialista, para impedir el avance de la reacción y facilitar la más rápida instauración de la República, creyó de necesidad para la eficacia de dicha Conjunción, que al lado del partido socialista, unido, organizado y disciplinado, figurara el partido republicano, también unido bajo un programa común mínimo para el periodo provisional de su gobierno, con una organización común, garantía de su disciplina, y con una dirección única, símbolo de la misma y representación de la autoridad. Por entenderlo así, requirió á las representaciones de todos los partidos para que redactaran el referido común programa, modificando como estimasen conveniente, el que fué acordado en la Asamblea de Unión republicana, de 1911, y, desgraciadamente, ha visto, desde aquella fecha, la creación de dos partidos más no preexistentes á la Conjunción, sino nacidos en su seno, cuales son el reformista y el radical de la Conjunción, continuando fuera de la misma el que acaudilla D. Alejandro Lerroux.

«No se vea crítica ni censura alguna en las manifestaciones que ha de hacer este Directorio; pero entiende que por la falta de esa unidad republicana, no ha conseguido la Conjunción republicano socialista la fuerza indispensable para el cumplimiento de sus fines, opinando que el resultado de las últimas elecciones provinciales ha evidenciado la verdad de esa apreciación.

«Este Directorio, cumpliendo de nuevo el deber que le impone la índole especial del partido que representa, somete, una vez más, á los organismos directivos de los demás partidos republicanos la proposición de reunirse todos bajo un programa mínimo que permita gobernar la República en su periodo provisional, con una organización general y con un Directorio único, elementos que estima indispensables para reintegrarse la confianza del país, hoy, desgraciadamente, bastante mermada.

«La unión íntima de los republicanos es, en los actuales momentos, una necesidad política y social, más que una conveniencia de partido; la situación precaria de

«España y el atraso en que vive, reclaman la intervención de una fuerza renovadora, y hasta salvadora ante las complicaciones internacionales que, indudablemente, se avecinan.

«Los acontecimientos extraordinarios no avisan ni otorgan plazo; sobrevienen de improviso, y ante su posibilidad, este Directorio que es de todo punto indispensable la previa preparación. Urge, pues, á juicio de este Directorio, la unión, mediante los requisitos antes indicados, de programa, organización y Directorio comunes.

«El partido nacional de Unión republicana, á condición de que tales requisitos constituyan el vínculo de unión, hállese dispuesto á aceptar el programa, la organización y el Directorio que sean del común agrado de los demás partidos, y espera merecer del organismo que usted tan dignamente preside, se sirva indicar le las reformas ó adiciones que crea conveniente introducir en las bases doctrinales y de organización que tiene el gusto de adjuntar para poder llegar, mediante recíprocas transacciones, buena voluntad y amor á los ideales, á la unión verdadera de los elementos republicanos y al perfeccionamiento de la Conjunción republicano socialista.

«En espera de su respuesta, enviamos á usted la expresión más sincera de nuestros fraternales sentimientos.

Madrid, 10 Abril 1913.—El presidente, *Rafael Ureña*.—El secretario, *Rosendo Castells*.

A la invitación que se acaba de transcribir han respondido los republicanos federales, los reformistas y los radicales de la Conjunción: la representación de los radicales que no están en la Conjunción, ahora como en ocasión anterior, ha prescindido hasta del trámite de cortesía, de acusar recibo.

Creemos que la lealtad nos obliga á publicar dichas respuestas, para conocimiento de todos los republicanos.

Son las siguientes:

EL DIPUTADO A CORTES

POR MADRID

Abril, 1913.

Sres. D. Rafael Ureña y D. Rosendo Castells.

Mis queridos amigos y correligionarios: Con verdadera satisfacción he recibido el documento que se sirven enviarme y al que he de contestar breve y diáfano, como es mi carácter.

No es novedad lo que en el citado documento proponen, ni puede serlo la respuesta. La sustancia del documento es idéntica á la del espíritu de la Asamblea republicana de 1911, sobre la que ya tuve el honor de emitir mi juicio, y á la de tantos elocuentes discursos, modelo de forma y fondo, pronunciados por el Sr. Sor y Ortega en sus propagandas. La unión de los republicanos me parece santa y gloriosa obra. A ella dediqué mi periódico y mi propaganda de los últimos años. Cuanto se haga por aumentarla y consolidarla, me parecerá plausible. Ahora bien: la Conjunción republicano socialista, á la que ustedes y yo pertenecemos, hoy por hoy, me parece la única posible forma de unión. Y mientras ustedes y yo en ella estemos, á ella debemos consagrarnos, leales como somos. Programa mínimo, suscribo para la instauración de la República el que ustedes quieran, siempre que sea de acción, de actividad, de trabajo constante. La cuestión, puramente formal, de organizaciones republicanas, me parece secundaria. Existiendo la Conjunción, á ella deben y pueden venir todos. Deshacerla para crear otros organismos parecidos, que se destruyan inmediatamente, no me parece práctico. Ahora bien: loable su intención, si ustedes hacen el milagro, conmigo cuentan.

Quiero aclarar un extremo de su comunicación, porque me interesa evitar errores. El partido radical conjuncionista, no ha nacido con la Conjunción, ni después de fundada ésta. Este modesto partido nació el año 1903 en Valencia, y muy pronto tuvo en toda España periódico y representación; constituyó en el Parlamento un grupo con dos diputados y minorías en algunos Ayuntamientos. Su programa escrito está en el «Diario de Sesiones», día por día, desde hace doce años de incesante lucha, entendiendo más práctico la realización de un programa por los propios hechos, que por medios de fórmulas, recetas, y promesas. Llamado á la Conjunción como los demás partidos, á ella prestó, presta y prestará mientras exista la más leal y eficaz cooperación. Tanto como el de Unión, que aún titulándose así, constituye también un partido, el radical conjuncionista debe lealmente cooperar á la suprema obra unido siempre con los socialistas.

Agradeciéndole su cortesía y rogándole me cuente entre los partidarios de la fraternidad republicana, queda muy suyo afectísimo amigo y correligionario que su mano besa.

RODRIGO SORIANO

PARTIDO REPUBLICANO

FEDERAL ESPAÑOL

Consejo Nacional.

Talavera, 20 de Abril de 1913.

Señor presidente del Directorio del partido de Unión republicana.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Tuve el honor de recibir el oficio que por orden de ese Directorio se ha servido dirigir á este Consejo federal y las bases de organización y principios que aceptan ustedes como programa común, y no he podido contestarle, porque el día 16, en que debimos celebrar Consejo, no fué posible reunirlo, habiendo diferido esta Junta para el 27 de los corrientes.

Daré cuenta á mis compañeros de su oficio y de las bases que proponen, y tendré el placer de comunicar á usted lo que este Consejo resuelva.

Devuelvo á usted con el mayor respeto su atento saludo, y tengo la satisfacción de ofrecerme su afmo. y s. s. q. b. s. m.,

EDUARDO LÓPEZ PARRA

EL DIPUTADO A CORTES

POR

ALCAZAR DE SANJUAN

Madrid, 29 de Abril de 1913.

Señores D. Rafael Ureña y D. R. Castells.

Mis distinguidos amigos y correligionarios:

Me apresuro desde luego á contestar la atenta comunicación que he recibido suscrita por ustedes relativa á la formación del partido de Unión republicana.

Siento mucho discrepar del parecer de ustedes, pero reiteradamente he manifestado en los mitines, y á nombre de los reformistas, que considero de todo punto imposible la formación de un partido republicano único. Intentarlo siquiera me parece empresa inútil y estéril: así nos lo está demostrando la realidad á cada instante.

Acerca de muchos problemas políticos, tanto nacionales como de carácter internacional, sustentamos los republicanos españoles criterios completamente distintos, y si hubiéramos de formar un programa común, tendríamos necesariamente que prescindir de nuestras propias convicciones ó disimular el pensamiento en una serie de fórmulas insustanciales y ambiguas, que, lejos de enardecer el entusiasmo de la masa popular y conquistar la confianza del país, nos llevarían en breve plazo á un definitivo descrédito.

Por entenderlo así, lo he manifestado siempre con toda claridad á mis correligionarios y se lo repito ahora á ustedes sin eufemismos ni hipocresías.

No he de ocultarles, sin embargo, que en todo lo relativo á la inteligencia con las demás fracciones y para intereses comunes, suscribo en blanco cualquier fórmula que se me presente, aunque sin confundir en ningún momento la personalidad de cada uno de los partidos.

Queda incondicionalmente á sus órdenes su afectísimo amigo y s. s. q. e. s. m.,

MELQUIADES ALVAREZ

Cumple ahora á este directorio consignar que las respuestas transcritas no han alterado su profunda y arraigada convic-

ción respecto á la urgencia y necesidad de procurar á todo trance la unión de todos los republicanos, mediante bases naturales y prácticas capaces de consolidarla y convertirla en instrumento de Gobierno.

La situación desdichada de nuestro país en todos los órdenes; la cuestión de África, que no es aventurado suponer ha de agudizarse en plazo no lejano; las inteligencias más ó menos explícitas pactadas con potencias extranjeras, y la contingencia de una conflagración europea, son cosas que nos obligan á creer en la proximidad de graves y trascendentales acontecimientos, probablemente ocasionales de aguda crisis constitucional ó tal vez nacional. En previsión de eventualidades de tanta magnitud, precisamos los republicanos una vez más de inexpertos si dejáramos de apercibirnos y prepararnos para cumplir nuestro deber de patriotas y prescindiríamos, como colectividad, de colocarnos en condiciones adecuadas, no tanto para provocar la caída del desastroso régimen vigente, como de poder fundar sobre sus ruinas otro nuevo, adaptable á las condiciones de la nacionalidad, amparador del derecho, respetuoso para todas las opiniones y atento á todos los intereses legítimos y justos.

Disueltos y en la mayor impotencia, cual están los organismos políticos que hasta aquí han funcionado en España, y sin constituir las fuerzas sociales y vivas de país, ¿qué sucedería si mañana, por virtud de accidente, quebrase la fuerza pública, único y deleznable sostén del artificial régimen presente? ¿Qué elementos se considerarían en condiciones de poder asumir la dirección de la vida nacional y las abrumadoras responsabilidades del Poder? Mediten sobre esto nuestros correligionarios y después contesten si urge ó no la constitución de una vigorosa y respetable falange republicana, con programa claro y definido, organización general y dirección única.

Existe la Conjunción republicano socialista, y somos de ella entusiastas partidarios; mas los elementos republicanos en la misma sumados, ¿constituyen un todo orgánico capaz de gobernar?

Respondan á esta pregunta los correligionarios partidistas y háganlos la merced de explicar cómo dichos elementos republicanos gobernarían con multitud de programas, todos ellos vagos é inexpressivos, pluralidad de organismos y diversidad de direcciones.

Consecuencia de este estado inorgánico del republicanismo es el de prestigio en que ha caído ante el cuerpo elector, patentizado en las últimas elecciones provinciales, en las cuales, á pesar de luchar unidos los partidos conjuncionistas, y en algún punto entendidos con los radicales de fuera de la Conjunción, han sido en todas partes derrotados por el Gobierno, sin necesidad de grandes atropellos, con excepción de Cádiz y de Málaga, donde han vencido gracias á su unión. ¿No parece paradójico que siendo los republicanos los más, como somos y disponiendo de las mayores capacidades del país, cual lo demuestra el hecho de necesitar el Gobierno buscar en nuestras filas presidente para el Congreso, hayamos resultado en unas elecciones derrotados en toda la línea? Pues esta es una de las consecuencias de nuestro desprestigio.

Tal desprestigio ha producido, además, la desconfianza del país, al extremo de que reflejándola, ha podido escribir el

ilustre N. kers que de proclamarse la República en España, los recientes acontecimientos de Méjico no tendrían comparación con los que presenciáramos aquí.

Se impone, pues, la Unión republicana, si no queremos desaparecer de la escena como fuerza política. Si para gobernar necesitáramos crear una legalidad común provisional para todos los españoles, por medio de decretos publicados en la «Gaceta», ¿quién podrá creer que seremos capaces de ello, cuando está á la vista que no acertamos á ponernos de acuerdo en las líneas generales de una legalidad común republicana? Si aparecemos incapaces para lo último, ó sea lo menos, ¿cómo va á creer nadie que lograremos realizar lo más?

No se pierda de vista que las divergencias de criterio de que tanto se habla, relativas á cuestiones tanto de orden interior como de orden internacional, sobre ser más aparentes que reales, en ningún modo pueden referirse á lo primario, ó sea aquello que por ser de esencia con relación á la República, á la democracia y á la libertad ha de suponer e necesariamente aceptado y proclamado por todos los republicanos; y que esto y sólo esto, puede constituir nuestra legalidad para el periodo provisional de la República, si á la instauración y afianzamiento de ella queremos cual es nuestro deber, concurrir y contribuir todos, sin exclusión alguna.

Desgraciados de nosotros, si tales divergencias fueran reales, fundamentales é irreductibles, porque entonces ocurriría á los republicanos desgracia análoga á la que ha impedido á los monárquicos crear para España una legalidad común constitucional, á través de un siglo de luchas y discordias!

Consecuencia lógica del programa mínimo con ún, ó lo que es lo propio, de la legalidad común republicana son la organización general de nuestros elementos, y la dirección única que preconizamos y que seguiremos preconizando, en tanto no se nos demuestre nuestro error. El «partido nacional de Unión republicana» actual es el partido único que definió el ilustre Pi y Margall, el que defendían todos los partidos provinciales autónomos, el que fué siempre objeto de los anhelos de todos los republicanos que aspiran al triunfo real de los ideales, con preferencia á la intervención, más ó menos importante, en las corporaciones oficiales de la monarquía. Pi y Margall lo aceptaba con la condición de tener un programa común en el que se reconociera el principio de las autonomías; reconocido se halla este principio en nuestro programa de Febrero de 1911. No es nuestro partido un partido más ni un partido nuevo; tiende á conseguir la desaparición de los demás: se inició con aquel preconizado partido único de 1892; se formó llamándose Unión Republicana en 1903; se ha reorganizado y consolidado al votar su programa, su ley orgánica y su directorio en la Asamblea de Febrero de 1911.

Como mil veces hemos dicho, nos hallamos dispuestos á modificar ese programa á gusto de las demás agrupaciones que estén dispuestas á ingresar en nuestro partido; no tenemos tampoco interés en ocupar puestos de representación en él, todos los cuales cedemos gustosos.

Persuadidos de que así interesa á la República y á la patria, lo único que deseamos es que vengan al partido nacional de Unión Republicana, la totalidad, ó cuando menos la inmensa mayoría de los re-

publicanos españoles, para vulgarizar y defender un programa común y actuar, como un sólo hombre, engranados en una organización general á la vez de un organismo supremo pluripersonal, designado democráticamente.

Fracasadas vuestras gestiones cerca de los organismos directivos de los partidos que pretenden actuar con carácter general, consideramos de nuestro deber apurar la suerte dirigiéndonos á las organizaciones provinciales, autónomas y á los republicanos sin filiación determinada, invitándoles á que se sumen á nosotros no para secundar determinadas iniciativas nuestras, sino para asumir, si les place, la dirección de nuestra política, siempre que se cumplan los ya conocidos requisitos esenciales.

Seguiremos, por tanto, nuestra campaña; buscaremos á los correligionarios y á sus grandes y pequeños grupos, trataremos de convencerles, mendigaremos su concurso, si es menester, que á esto y mucho más estamos dispuestos en bien de nuestra nación; y si, lo que no es de esperar, fracasamos, constará, por lo menos, que el fracaso no es imputable á falta de buena voluntad y de patriotismo en los que componemos este directorio.

Madrid, Mayo, 913

Rafael Urcía, presidente; Mauricio Ularqui, senador; Juan Sol y Ortega, Federico Llansó, Federico Isabal, diputados; Lucio Catalina, Pedro A. Armasa, exdiputados; Fernando Lozano, José Reca, Luis Talavera, Rosendo Castells, secretarios.

A los Señores del directorio de Unión Republicana

Como visabuelo ó tatarabuelo mora de la Unión (que por tal me tengo, dados los muchos años que la predico, propongo y defiendo), felicito á ustedes por la constancia y el denuedo que ponen en conseguirla, y les repito lo que el ciudadano que le dijo al ratero que sorprendió con la mano derecha metida en un bolsillo de su chaleco: «Anda, hijo, á ver si tienes más suerte que yo. Desde ayer habré metido mi mano lo menos veinte veces en todos mis bolsillos, y no he tenido la fortuna de tropezar ni con una perra chica. Sigue, sigue á ver si encuentras algo, y partíremos». Sí, continúen ustedes trabajando por pactar la unión ya que yo no lo he logrado, y compartiré con ustedes la alegría.

Aun cuando no me hago eco de sus trabajos por temor á que mi apoyo les perjudique en el concepto de algunas eminencias aprovechadas, me entero de ellos y los aplaudo en silencio, como hago siempre con todos los empeños generosos, aunque no los corne el éxito.

Convencido ya, pero *perfectamente convencido*, de que la unión nunca será aceptada por los de arriba, y dudando á la vez de que los de abajo se atrevan á imponérsela, después de mi última abortada tentativa, se proponen á nadie, sin renunciar por eso al derecho de combatir cuando se me arrojase y en la forma que me pluguiera á los que á ella se opongan. Ya que no pueda apaciguar, como desearía, silbaré, convertido, sobre todo deade que silbaron última-

mente á La Cierva en la Coruña, de que el silbido es una espiración.

De ustedes afectísimo amigo y correligionario

JOSE NAKENS

Comentarios á un discurso

«Magnífico, soberbio, colosal fué el gesto de Maura en la sesión del Congreso del viernes. Un gesto de anarquista. Desde el Sínodo de la Elocuencia, residenció á las oposiciones formándoles un proceso terrible.

Residenció al partido republicano, lanzando sobre algunos de sus hombres alusiones sangrientas.

Residenció al partido liberal, y tan dura fué la arremetida, que produjo la inmediata crisis de todo el ministerio.

Residenció al partido conservador y á los partidos monárquicos como traidores al Parlamentarismo.

Y, por último, residenció á las instituciones.

Y esto, que es el delito que le imputan al unsono amigos y adversarios, esto es precisamente lo que yo recojo y celebro.

Desde hace muchos años, muchos lustros, quizás varios siglos, ningún político español se levantó ante el trono con gesto tan gallardo, gesto verdaderamente soberano.

Su voz era el eco robusto, varonil y enérgico de los antiguos Procuradores en Cortes. Era el eco de la arrogancia aragonesa que decía: *Nos, que cada uno somos tanto como vos, y juntos valemos más que vos...* Era, en fin, el alirante de Castiella que resurgía de la tumba para habar al primer Austria, trazándole el camino que debía seguir y lo que debía hacer y evitar, reprochándole los errores cometidos y señalándole el modo de rectificarlos.

Que el contenido de esa vez y de esos consejos fuese equivocado ó acertado, no importa; verdad ó mentira, consejo ó tentación, ha sentado un precedente: ha puesto término á la mudéz de la nación amercada durante muchos siglos. Será Maura lo que sea: un loco, un endicado, un iluminado, pero fuerza es confesar que ha sido el primer español que ha proclamado el imperio de la Constitución y de la ley, contra toda suerte de tiranías y corrupciones.

Digan lo que quieran sus enemigos nadie podrá discutirle esta reconquista del derecho nacional. En cuanto es español, en cuanto es ciudadano, debe adjudicársele el lauro merecido por la toma de esta formidable barricada.

Todo esto hubiera yo dicho del discurso de Maura, si otro, no él, lo hubiese pronunciado. Pero ese discurso, en boca de un jesuita que manija tan admirablemente la *hipocresía* de la franqueza, no es un gesto noble y altivo: es una mueca monstruosa y repugnante.

El espíritu sofista, siempre renguado, apareció en aquellos párrafos en que se confesaba falible y capaz de equivocarse, puestos al lado de otros en que se negaba por sistema, por emperramiento, por soberbia, por falta de adaptabilidad de su voluntad ó de su cerebro, á reconocer los yrras de los últimos tiempos de su gobierno, que tienen puesto el veto á su política. Si Maura se empeñase en negar la realidad de este veto, que no viene de la izquierda ni de la derecha, sino de todos lados, de arriba y de abajo, se acreditaría de mentecato y de idiota, ó de obcecado é inconvercible. El hecho será justo ó injusto, pero es un hecho, y los hechos en política son la única realidad y la única justicia. ¿Se propone luchar contra este hecho, que juzga unánime la conciencia universal? Luché, enhorabuena: la opinión universal confirmará ese veto, fundado en los desastres de 1909 y corroborado con la obcecación de ahora, que viene á agravarlos. Y todos, blancos y negros, estarán de acuerdo en declarar políticamente luso á Maura, por estar falto de la razón política.

Si en tal empeño le siguiera el partido conservador, todo el partido sería arrollado. Si todas las fracciones dinásticas se sumaran al partido conservador, sería arrollada la dinastía. Si toda la nación se dejase arrastrar á esa política, sería arrollada España entera.

En tal sentido, aunque alguien tomara su gesto ante el trono por una gallardía, el ser é quien la ha tenido lo haría aparecer ante la conciencia universal como un vesánico.

De lo sublime ha caldo en lo ridículo.

De lo heroico ha raso lo á lo grotesco.

Se ha confesado falible, pero es hecho quiere ser reconocido como infalible.

Nada digo de sus absurdos. Maura se ha procesado á sí mismo y se ha condenado á sí propio.

Las censuras contra el gobierno liberal por sus inteligencias con las izquierdas, caen implacables sobre él por sus contubernios con las derechas.

Todos los apóstrofes aplicados á Romanones, Canalejas y Moret, rebotan sobre el cliente de confesión de los jesuitas; el que puso los tribunales á merced de la *Defensa Social*; el que ha otorgado el patronato nacional al Vaticano y al fraile; el que hace ochocientos coreaba á Meila en sus bravatas clericales.

Ese hombre ha hecho de su cabeza, proyectil contra el adversario.

Ha pretendido desplomar la bóveda del templo; pero Sansón de poca fuerza, no ha desplomado más columna que la que le ha aplastado á él. Su discurso es su sentencia de muerte política. Quiso acabar con todo, y, como al anarquista inexperto, la bomba le estalló en la mano: ha conmovido todo el edificio, pero el estrozo ha sido él.

¿Que no?... ¿Va á arrastrar á la monarquía en su carrera desenfrenada?—

Y si no se deja arrastrar la monarquía a armar la guerra civil para proclamar a D. Jaime?...

Allá veremos. Las frases del discurso, que en otro pudieran haber sido tonas por anatemas de Casandra que lamenta la estulticia de un pueblo desde lo alto de la visión del futuro, resultan en él quejas vulgares del despecho, lanzadas desde el ostracismo del poder apotecado.

Mañana entero a última hora de que Romanones continúe en el Gobierno, y que hoy, lunes, se reanudaré en el Congreso el debate político.

Si Maura sostiene valientemente lo que dijo el viernes, morirá como político; pero alcanzará quizás por convencido el respeto que se le niegue por equivocado.

Mas si balbucea disculpas, apunta remordimientos, formula transigencias, aunque invoque, con la hipocresía de la franqueza, sus deberes con la patria ó con la dinastía, morirá como hombre.

Y morir como hombre en estos tiempos en que hay tan pocos, es morir del todo.

Hay que rasgar el velo. Hay que desenmascarar á ese hombre

La nación no puede estar más tiempo supeditada á las insensateces y á las arrogancias de un hombre.

Desde 1909, aquí no se vive más vida política que la relacionada, directa ó indirectamente, con ese hombre endiosado por su propia vanidad y por la rastrea adulación de sus incondicionales servidores.

Los Gobiernos que se sucedieron vivieron en continuo sobresalto, ante el temor de sus arrebatos vesánicos, sólo peligrosos porque los familiares, los que con él se agruparon cuando estaba cuerdo, no se han atrevido, por caridad ó por miedo, á quitarle el arma agresiva, la representación de un partido monárquico, de uno de los sostenes del Régimen, sin cuyo equilibrio compensador la vida oficial es imposible.

Y Moret se vió inesperadamente derribado del Poder por esta causa, y Canalejas, hombre débil de voluntad, evadió el peligro, aguantando sus intemperancias y sus imposiciones, dándole la razón como á los locos, hasta el extremo de anudarse políticamente y ser acusado de la opinión pública como mandatario de Maura.

Y, ahora, Romanones, ha tenido que rechazar el auxilio de la Corona, ante la misma amenaza que imposibilitó gobernar á sus antecesores.

Son cuatro años, durante los cuales el pueblo español ha vivido alerta para contrapesar las debilidades de los Gobiernos y las desorientaciones de la Corona, y salir al paso del déspota si no bastaban á cerrársele el Poder moderador y los Poderes públicos.

Son cuatro años de vida febril, de mítines de propaganda, de revueltas populares, encaminados á demostrar que la nación no tolera la rehabilitación de un hombre funesto que derramó su sangre y ultrajó su decoro.

Ha llegado ya el instante de expulsar á ese hombre de la vida pública; sus misinos partidarios de ayer parecen comprenderlo así, y acaban de dar el primer paso desautorizando el discurso, origen de la crisis, con el consejo dado á la Corona de que siga en el Poder el mismo Gobierno atropellado.

La opinión de Dato, favorable á la continuación del conde de Romanones y de sus ministros en el Poder, ha sido tomada por el país como una satisfacción dada por los conservadores conscientes, como una promesa de que ya no están dispuestos á hacerse cómplices por más tiempo de la desatinada política de su jefe, que ha perdido la noción de su representación política empleándola en servir sus odios y realizar sus concupiscencias.

Si no es así, ¿qué significa la actitud de Dato?

La labor del Parlamento tiene que encaminarse á rasgar ese velo misterioso que envuelve al partido conservador, detrás del cual ni la Corona ni el pueblo saben lo que se oculta; á promover caereos entre sus prohombres, para saber qué género de complicidades hay entre ellos, porque un partido monárquico no puede vivir embozado en la penumbra, haciendo labor revolucionaria fuera de la legalidad, sin correr los riesgos y las aventuras de los elementos facciosos.

La Corona y el pueblo, cada cual desde su distinto punto de vista y con arreglo á sus encontrados intereses, tienen derecho á sospechar que detrás de ese velo se oculta un miserable contubernio de los elementos reaccionarios, se está engendrando un golpe de Estado, cuyo fin sea cambiar el Régimen y esclavizar al pueblo.

Hay ya derecho á sospechar que en el domicilio del Sr. Maura se está preparando la guerra civil por sus familiares y panaguados.

Sus más entusiastas defensores son los periódicos jaimistas.

Tan pronto se abra el Parlamento es necesario rasgar ese velo, despejar esa incógnita.

Si el Trono se deja sorprender, allá él; el pueblo no puede vivir ni un momento más sometido á las intemperancias misteriosas de ese hombre que lleva dentro de su cabeza ó una lamentable locura ó una miserable infamia.

España Nueva.

El último romántico

Con motivo de los artículos publicados en los dos números últimos sobre anticlericalismo y republicanism, he recibido cartas de elogio y alguna de censura.

Doy las gracias á los que firman las primeras y digo al de la segunda:

«No está usted en lo cierto al suponer que el pesimismo me ha invadido ya completamente, ni al decirme que hago mal en fomentar con mi descorazonamiento el de las masas republicanas; lo primero, porque si es pesimismo no señalar los males que han impedido establecer tiempo há la República, he sido pesimista siempre; y lo segundo, porque no soy yo quien descorazona á las masas, sino los que las llevan por otros caminos que el que ellas desean.

¿Esceptico yo? Na lie con más derecho á serlo; y, sin embargo, creo que soy, de los republicanos antiguos, el último romántico.

¿Cómo, si no lo fuera, me habría pasado la vida trabajando por la cohesión entre la familia republicana, combatiendo á los que á ella se oponían ó la dificultaban, y atacando al clericalismo en todas sus formas y matices? Si creyese en el espiritismo, supondría que en una de mis existencias anteriores fui loro, y que me la pasé cantando aquello de

«¡A babor!... ¡A estribor!...

¡Fuegola»

porque ¡cuidado si he repetido millares de veces en esta existencia de ahora las palabras *unión* y *clericalismo*! Si cada vez que he escrito cualquiera de ellas, hubiera un cura ó un fraile ido á gozar de la presencia de Dios, no habría ni uno para muestra en todo el globo terráqueo.

Y todo ¿para qué? Para ver la unión cada día más imposible, y el clericalismo cada hora más pujante, en tanto que yo sigo gritando estrepitadamente como mi antecesor el loro:

«¡A babor!... ¡A estribor!...

¡Fuegola»

Y si esto es escepticismo, miente *El Diccionario de la Lengua* al definir esa palabra en el sentido de *dudar de todo*. Si fuera sólo de *algo*, es posible que estuviésemos de acuerdo.

Porque he de confesarlo: *dudo* ya de algo: dudo de que, si no variásemos pronto de fraseología y de procedimientos, podamos continuar por mucho tiempo haciendo creer á la opinión que somos un partido serio, viril y capaz de resolver un día el difícilísimo problema de cambiar la faz de España en lo político, lo económico y lo religioso; y menos retener á esas masas opumistas y entusiastas que todavía nos siguen, y á las que tantas veces hemos ofrecido pan y cultura.

La Cruz Roja Republicana

Son varias las excitaciones y ruegos que he recibido para no cerrarla en fin de Mayo, como anuncié. Entre ellas la siguiente:

Sr. D. José Nakens:

Apreciado correligionario: Tengo el gusto de adjuntarle, en prueba de agradecimiento, una postal en que se reproduce el departamento que ocupo en la «Unión Radical Gracienense», donde está expuesto

el anuncio para la recaudación de donativos para la «Cruz Roja Republicana.»

Lamentaríamos vivamente varios correccionistas que renunciase usted á la continuación de semejante benemérita Asociación, por cuanto en ésta existe un buen número de entusiastas amigos, que incondicionalmente secundan y secundarán dicha suscripción, pues según manifestaron en el acto de suscribirse, fué con el carácter de «permanentes»; y si bien verdaderamente hasta ahora ésta no ha dado el resultado que era de esperar dado su fin humanitario, no por eso hemos de desmayar en esta empresa, sino que, al contrario, con nuestra constancia hemos de procurar vencer la apatía é indiferencia generales.

La próxima semana le remitiré la recaudación de este mes. Recuerdos de Rufiandis, Casas y demás amigos.

Salud y República le desea su amigo,

JOSE BONET

Barcelona 27 de Mayo de 1918.

Hago caso de esa carta, por firmarla un amigo querido.

Por venir de Barcelona, donde EL MOTIN tiene cuádruple número de lectores que en Madrid.

Por el espíritu práctico que distingue á los naturales de aquella región y que les permite ver más claro que los demás en ciertos asuntos.

Y porque, como puede verse en la Lista de este número, parece que los españoles que están en América han comenzado ya á interesarse por la suscripción, con el entusiasmo y la eficacia que acogieron siempre toda idea generosa iniciada en la madre patria.

Seguirá, pues, la suscripción, cuyos productos continuaré depositando en *El Hogar Español*.

Aprovecho esta ocasión para repetir las gracias á todos: á los que han respondido, á los que lo hacen en adelante, y á los que conflan en el buen resultado de la idea.

JOSE NAKENS

¡Bien por Barcelona!

Leo que el Ayuntamiento de Barcelona proyecta la creación de una cátedra libre de Literatura para honrarse y honrarla coronándola á Gabriel Alomar.

¡Bravo por aquel consejo!

Con esto replica altísimamente á los necios que en Madrid le regatearon recientemente el triunfo, y borrar la huella vergonzosa que estamparon en la fachada del Consistorio los ediles que antaño negaron á Verdader la plaza de cronista de la ciudad.

M parabién á Barcelona, á Alomar y á los futuros alumnos.

Más adelante

No dije nada en el número anterior sobre el asesinato cometido por un capitán del Ejército en la Escuela Superior de Guerra, á petar de ocuparse de él y con

gran extensión la prensa de todos los matices. Y nada dije, por tres razones:

Una: por que casi nunca me ocupé de esta clase de crímenes.

Otra: por que cerrando la edición el lunes por la tarde, las noticias que se leyeron el jueves, hubieran resultado sin interés por lo transcurridas.

Y otra: porque ha habido tal lujo de detalles crueles é innecesarios en las informaciones hechas para satisfacer la feróz voracidad del público, que informadores y público han estado en ensañamiento á la altura del criminal que descuartizó á su víctima.

Cuando el fallo de la justicia se cumpla, tal vez haga EL MOTIN las apreciaciones que considere oportunas. Hoy por hoy, ni siquiera quiero reproducir lo que se dice sobre la acendrada piedad religiosa del asesino, y eso que esto vendría á reforzar mi antigua creencia de que la religiosidad no fué nunca un freno.

LIBRO NUEVO

El Padre Mir y S. Ignacio de Loyola

Retratos de S. Ignacio hechos por el Padre Mir, dentro y fuera de la Compañía.—Estudio histórico crítico, con nuevas revelaciones históricas.—Por S. P. y Oraxix.

He aquí el librito que ofrezco al público y que lanzo á merced del viento. Tengo la certeza de que va á provocar fuertes discusiones, que quizás no vengan á la Prensa. Realmente los puntos que se tratan son en su mayor parte nuevos del todo, y aun sorprendentes; como que están en choque directo con las creencias establecidas en la Historia de un modo que parecía invulnerable. Para juzgar esta parte del libro, el crítico se halla en cierto modo desorientado.

Formadas las creencias sobre los libros de la Historia, uniformados con rara habilidad por los jesuitas que supieron hacerse dueños y administradores de las fuentes históricas en este particular, resulta que la vida atribuida á Ignacio de Loyola es un tejido de invenciones, muy meditadas y bien urdidas, en cuya confección y ornato consagraron los más hábiles escritores de la Compañía su no escaso genio, sus abundantes recursos y su tenacidad sectaria. De lo que éstos dijieran hubieron de salirse los demás historiadores, sin excluir al propio Castelar y al doctor Lamer. La crítica adversaria de la Compañía, al tratar de combatir á Ignacio, no ha tenido para su labor más punto de apoyo que aquellas mismas invenciones, tomadas como realidades.

El P. Mir consagró al estudio de la vida de Ignacio y de la constitución de la Compañía cincuenta años de vida, de los cuales los treinta primeros fueron dedicados á la defensa y elogio de la sec-

ta, por estar dentro de ella, y los restantes fueron dedicados á combatir la secta que había elogiado, apuntando de un modo especial á San Ignacio.

De lo bien que tejió la defensa aquella de su primera época, da fe la soberbia edición de las *Cartas de San Ignacio*, publicadas en Madrid en 1874, con notas y observaciones que han sido la norma y modelo adoptados luego por la Compañía en la publicación de los *Monumentos Históricos de la Compañía de Jesús*, de la cual van ya impresos unos cuarenta gruesos volúmenes.

De lo bien que ha destejido, en su segunda época, la labor aquella primera, sirve de prueba su obra *Crisis ó Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*, y más que la obra misma, la saña con que ha sido perseguida por el propio Vaticano, utilizando contra ella los procedimientos tortuosos y astutos de la Inquisición romana, que ha reproducido, con tal motivo, en el siglo XX, uno de los cuadros que la opinión creía relegados á los pasados siglos. Realmente, las escenas habidas en el palacio episcopal de Madrid entre Mir y los obispos señores Guisasola y Barrera, como agentes éstos de la Inquisición Pontificia con menoscabo de la disciplina nacional y de los procedimientos oficiales; aquéllos actos de leer á Mir sentencias pontificias, negándole copia de las mismas y testimonio de la lectura; esos ardidés cuyos autores se esconden con tanta cautela y recelo; eso, decimos, da á la vida eclesiástica un pronunciado carácter de honestidad equívoca, y á la persecución de la obra un color realmente sañado.

Cuando la Santa Sede ha sacado contra el libro de Mir estas armas escondidas y arrinconadas, de sus tiempos de esbirros inquisitoriales, será porque realmente el libro merece este sacrificio y el riesgo de excitar la odiosidad y la risa públicas.

Y como lo mejor del libro, en este particular, es lo que va contra San Ignacio, de aquí que hayamos procurado extraerlo en esencia y comprimirlo en sustancia, para servirlo en dosis adecuadas al público.

El P. Mir, en esta empresa suya, utilizó el arsenal de documentos que acudieron á su mano, sin tomarse el trabajo de ir á buscarlos. Su libro es una nutrida síntesis de todo lo publicado hasta la fecha de la impresión (1906), en los *Monumentos* jesuitas, en las revistas históricas y en libros de todo género, á cuyo catálogo dedica un capítulo de los más apreciables de su obra.

Con todos esos elementos llegó á esta conclusión: la vida de Ignacio está por escribir; todo lo escrito sobre él son fábulas de gusto muy discutible. Pero ¿quién acometerá la empresa de descubrir la verdadera vida de Ignacio, debajo de este montón enorme de falsedades? Y él contempló la magnitud y dificultad de la empresa, pero no se atrevió á acometerla.

A esta empresa nos lanzamos nosotros con todo el ardor, temor, riesgos y oca-

días propios de las exploraciones por las regiones desconocidas: teniendo que desbrozar los caminos de la zarza y enredos en ellos aumentados por la falsificación jesuitica; andando y desandando muchas veces, llevando no pocas decepciones cuando creíamos llegar á la cumbre y descubríamos habernos desorientado; y fijando lindes en los puestos ya seguros, en los que la huella de Ignacio era cierta é indudable.

Al dar al público los juicios de Mir sobre Ignacio, no podíamos menos de indicar estos avances de la investigación señalando las divergencias que tienen con los dictámenes que Mir hubo de formar en ausencia de estos datos, que no modifican esencialmente el carácter del personaje discutido y arrojan sobre el resto de su vida una luz de color azul, que hace cambiar los colores todos de los actos conocidos del sujeto, haciendo verde lo amarillo, violado lo rojo, grisáceo lo blanco y más negro lo negro de la historia hasta aquí establecida.

Tales el trabajo que presenta este librito: es un retrato miniatura de Ignacio, en sus trajes de político, de inquisidor, de diplomático, de incógnito, de galán místico y de maestro, hecho con los trozos que nos ha dejado Mir, y añadiéndole unos retoques hechos á su genealogía, á su vida militar y á su vida inquisitorial: retratos, cuyas ampliaciones detalladas haré en otro libro más extenso que con título «Resurrección Histórica de San Ignacio de Loyola» publicaré cuando la fortuna lo decreta en sus altos designios.

El autor, pues, ofrece un libro nuevo, por el fondo y por la forma, abrigando la seguridad de que el lector indolente no dará por perdido ni su dinero ni su tiempo, y el lector ilustrado hallará nuevas reglas de crítica, principios fijos para el análisis histórico, y sendas hasta ahora ignoradas para la investigación.

Los defectos que el libro pueda tener, no es de nuestro cargo exponerlos, aunque los conociéramos; esto corre de cuenta de los jesuitas y de sus parciales, que, sin duda, se tentarán la ropa antes de hincarle el diente.

Y ahora, lector... busca el libro, por una peseta, que bien vale la pena este gasto para deshacer á quien tiene deshacia á media España.

S. PEY ORDEIX

Excusa y petición

Querido D. José.

Al entregarle el primer ejemplar que la máquina saca, del librito *El P. Mir é Ignacio de Loyola*, de dos cosas, una excusa, y una petición, debo acompañarlo.

Es la excusa, por los muchos defectos del librito escrito más que á vuelea p u na, y con la presión constante del exceso de ideas y de noticias que había de apr tar para meterlas en banasta, y que á veces salen prensadas como sardinas, y aun estrujadas.

La petición es de una censura suya recordándole, para que se agite pronto la edición y pueda hacerse una según la con más h ligura de tiempo y de papel.

¿Que cómo podrá recomendarlo usted, con la dificultad que tiene para leer, con la falta de tiempo para dedicar á estos tratos viejos, y con el cariño que tiene á la persona del autor?

Pues... sencillamente, con una frase sola, que diga á sus admiradores: «Queréis venerar al Ignacio de verdad? No lo busquéis en los altares ni en sus pinérgicos don le se exhibe un Ignacio de barro; en este librito hallaréis un Ignacio de oro puro...»

Y si quiere añadir que aunque está mal labrado, no deja de ser de oro, quizás acertará en lo uno y en lo otro, y si en esto me hará justicia, en lo otro me hará merced.

Con recuerdos del P. Mir y de mi carísimo San Ignacio, le abraza,

S. P. O.

Querido Pev.

La excusa sobra, y á la petición contesto:

Para hacer libros que merecen leerse, de dos escritores sé

por más que la envía la Ire:

el uno es usted, comadre.

Ahora usted me contesta con arreglo á los cánones de la fama comanditaria.

Comadre, el otro es usted.

Y en paz y aguardando compradores

J. N.

Carta que agradezco

Sr. D. José Nikens.

Mi más respetable correligionario:

En el último número de *El Morin*, he visto con gran satisfacción ocupada la primera plana con motivo de la muerte de mi pariente José de la Hermita, que falleció el día 13, en el lugar de Lestrobe, término municipal de Dodro, partido judicial de Padrón, distancia que se anda en diez minutos, y se le dió sepultura el día 15 en el cementerio civil de Padrón, en un panteón de mi propiedad.

Después de darle las merecidas gracias por tan señalado favor, paso á decirle que su entierro fué majestuoso y llamó la atención en todo este contorno. Las cintas las recogían el capitalista D. Ramón Arejon Rodríguez y los abogados D. Francisco García Nova y D. José Núñez Rodríguez, con el médico D. Ramón Rey Baltar. Los del duelo y que presidían el acto eran de familia: D. Salustiano Batalla Hermita, retirado del ejército, y D. José Vázquez Batalla Procurador D. Juan Viurro, secretario de la sociedad agraria del ayuntamiento de Dodro. D. Pedro García Rodíl abogado, D. Manuel Carballido García, médico, D. Javier Antime Pérez, abogado y juez municipal de Padrón y D. Ramón Suarez, alcalde del ayuntamiento de Dodro. La gente que seguía pasaba de tres mil personas, sin exageración ninguna, siendo de notar que á pesar de la época del trabajo, figurasen en el acompañamiento cientos de mujeres con sus mantillas.

Este triunfo colosal en un pueblo tan pequeño, y tan mangoneado por dos con-

ventos, uno de Dominicos y otro de Franciscanos sólo se debe á las condiciones que adornaron al finado y á que todo el pueblo y sus contornos quisieron demostrarle su respeto acompañándole, prescindiendo de todo.

Respecto á sus condiciones, nada le le digo, porque ya he visto que ha copiado en *El Morin* lo que dijo de ellas un periódico consensado.

La clérigalla intentó apoderarse del cadáver formando expediente canónico que pude embrollar, valiéndome de los testigos. Si alguna vez pasase usted por aquí, tenga entendido que las torres de Hermita, en que vivió y falleció el finado, y que son de mi propiedad hoy, están á su disposición, lo mismo que su afectísimo s. s. q. b. s. m.

JOSE VAZQUEZ

Padrón 26 de Mayo de 1913.

Del lado allá de la frontera

En otros países, la justicia, llegado el caso, se ejercita con un mayor rigor contra los altos. En nuestro país, por el contrario, contra quienes se muestra más inextinguible es con los humildes, desprovistos de todo amparo.

Muy raro es el caso—yo no recuerdo ninguno—de un gran personaje español que haya dado con sus huesos en la cárcel.

A juzgar por este simple aspecto exterior de las cosas, podría creerse que en nuestras altas clases directoras se encuentra la gente más perfecta y más impecable del mundo. Sin embargo, cuántas monstruosidades corren de boca en boca y van de oído á oído! ¿Verdad? ¿Mentira?

Horrores se han pregñado en el Parlamento, horrores presentados con todos los caracteres de la más exacta realidad, horrores se han contado en la Prensa y las formidables acusaciones han aparecido revestidas de una autenticidad innegable. Sin embargo, pasados los ruidos primeros del escándalo y desvanecida la momentánea impresión en el público, la serenidad se ha reproducido y las aguas han vuelto á seguir tranquilas por sus antiguos cauces.

La honorabilidad, ese derivado del antiguo punto de honor á la española, tan castizo, pero tan desacreditado, ha impuesto su tradicional fuero y ha lavado toda mancha, aunque no sé si todo recelo y todo es crúculo.

En todo esto pienso, después de haber sido huésped en algún país extranjero y ahora de nuevo actor y espectador dentro de España, al ver cómo por estos días comparcen ante los tribunales en Inglaterra, acusados injustamente de concusionarios, tres ministros: el de Hacienda (que es el famoso Lloyd George), el de Justicia y el de Comunicaciones.

Se había dicho que, aprovechándose de sus cargos, habían hecho negocios con contratos del Estado y habían realizado provechosas especulaciones de Bolsa.

¿Cómo se han defendido? ¿Amordando las voces acusadoras? ¿Chibiendo con persecuciones las plumas agresivas? Nada de eso. Se han defendido buscando la mayor publicidad y requiriendo voluntariamente la acción de los tribunales para que en estricta justicia se les juzgara.

Claro que de la dura prueba han salido airoso y con más grandes prestigios.

¿Se ha dado alguna vez un caso semejante en España?

Acá siempre ha acontecido lo contrario. Cuando una pluma rebelde á los convencionalismos en uso se ha atrevido, con valor cívico, en ocasiones hasta heroico, á denunciar abusos y delitos, ha faltado tiempo para llevar al osado periodista á la cárcel.

Recuerdo, al propósito, un caso. Hace algún tiempo un ministro de Hacienda en Italia fué acusado de cómplice en unas operaciones bursátiles de pingüe rendimiento. En el acto dimitió la cartera con carácter irrevocable. No quiso que ni por un momento se sospechase que utilizaba en su favor la presión oficial; incluso renunció á su mandato parlamentario. Que dote con su simple carácter de ciudadano y puso empeño en que el proceso, con toda diaphanidad para el público, se sustentara.

Confundió á sus calumniadores. ¿Hizo mal? Todo lo contrario. Puso de manifiesto lo intachable de su conducta ministerial.

Recuerdo otro caso que es también de una alta ejemplaridad. Ocurrió en Francia.

Un periodista acusó de concusión al ministro Baihaut. Este negó fieramente los hechos delictivos que se le imputaban.

Era entonces presidente del Consejo de ministros Casimir Perier, que más tarde fué presidente de la República.

Cuando le llamó á capítulo el jefe del gobierno, Baihaut juró y perjuró por su honor que era inocente. Fiado en esa palabra, Casimir Perier compareció ante el tribunal y su declaración fué favorable á la conducta de su colaborador.

Más tarde supose toda la verdad. Baihaut había delinquido y además había engañado á todo el mundo. Y fué á la cárcel. Preso en Etampes, al saber que su única hija estaba en París agonizando, escribió á Casimir Perier suplicándole la suprema piedad de que se le permitiese ir, entre gendarmes, á dejar un último beso de adiós sobre los lividos labios de su hija moribunda. Y se le regó ese misericordioso consuelo á su llagado corazón de padre.

No hay para qué recordar la inexorableidad con que la opinión pública procedió en Francia cuando el asunto Wilson, que trajo la dimisión de Grevy, hombre de una honorabilidad intachable y cuando los escándalos de Panamá, que abrió las puertas de la cárcel para el viejo y glorioso Lesseps.

Y no hay que hablar tampoco de lo inexorable que se mostró la opinión italiana con el ministro Nasi, hasta ahora en entre dicho y separado para siempre de la vida política, aun cuando sus electores sicilianos continúan otorgándole, aunque inútilmente, su representación parlamentaria. ¿Ourre algo de esto en España?

Para que esas responsabilidades se exijan, y hay muchas por exigir, se hace indispensable que exista antes en una nación una conciencia colectiva rígida y una voluntad popular con fuerza bastante para imponerse. Por desgracia, del lado acá de la frontera carecemos de esos grandes resortes de la justicia.

ANGEL GUERRA

Sacristán honrado

Ha muerto en Mollá D. José González, que desde hace unos veinte años venía desempeñando el cargo de sacristán

de aquella parroquia: al entierro no asistió ningún sacerdote, por haberlo dispuesto así la familia del interesado.

Se dice que tal determinación la dejó consignada el difunto en el testamento.

El entierro estuvo concurrido, asistiendo numerosos vecinos de Villalegre.

Otro que estaba en el secreto, y que no quiso continuar después de muerto la simulación.

Poco á poco se irá lejos.

Jolgorio clerical

Hace dos domingos celebraron los clericales una gran fiesta en Gijón, con motivo de la comunión que le fué propinada á los niños de las escuelas del Avemaría.

El organizador de esta fiesta, celebrada frente á la iglesia de San Lorenzo, fué el párroco, intransigente cual pocos.

Este cura es el mismo que hace un par de meses deshució un cadáver del cementerio civil y lo archivó en el católico; el que hizo meter en la prevención, donde estuvo veinticuatro horas, á un niño de trece años que no se descubrió al paso de una procesión por hallarse enfermo, trabajando lo indecible para que lo procesaran, lo que no consiguió.

¡Y se llama Angel el párroco esel ¡Fíese usted de nombres!

Mas volvamos á la fiesta.

Por la mañana inauguraron los clericales el nuevo local del centro cacatólico, y que no sé si se habrá fundado para que los señores ensotanados, en compañía de varios beatos dinerosos, hagan méritos que les permita ganar el cielo rezando el catecismo de Jorge.

Por la tarde el espectáculo fué más atrayente. Asistieron muchos niños y muñecos (hombres fueron pocos). Dispararon cohetes, soltaron globos, colocaron en dos altos palos dos figuras vestidas á usanza de las que los inquisidores quemaban, con coraza y todo, una de las cuales llevaba en gran tamaño pintadas las letras M Y, y les prendieron fuego con gran algazara; y como les habían colocado en las cavidades torácicas petardos de pólvora ó dinamita, el contento y la alegría del respetable público llegó al delirio al oír las formidables detonaciones.

Alguien creyó aquel día que á la mañana siguiente se encamaría al púlpito el párroco Angel, y con los tonos furiosos que emplea cuando habla, dijese esto ó algo parecido:

«Aquellos muñecos que tuvimos la alta honra de quemar ayer, representaban á José N. Kens y Luis Morote, que está en el Infierno á pesar de que lo enterraron en el cementerio católico; si no es que, para localizar la parodia del acto inquisitorial, hubiera dicho: «Representaban á Casimiro Acero y José María Iglesias».

Se me asegura que entre los niños que aquel domingo comulgaron, figuraban

algunos cuyos padres se les echan de liberales, republicanos, socialistas y hasta anarquistas.

No me propuso á dudarlo, por que esto ha pasado, pasa y pasará en muchas partes.

En esto, aunque me duela confesarlo, reconozco que los clericales son más decentes: nunca se mezclan con nosotros para nada.

Los milagros son las pruebas de la verdad de las religiones.

Convenido.

¿Más no se prueba también con ellos que las religiones son increíbles?

Muerte misteriosa

Más sobre la de la niña Mercedes Vila en el Asilo Cuna de Mataró.

Sigue *El Progreso* de Barcelona ocupándose de ella, y de él son las siguientes noticias:

Concepción Vila no ha querido permanecer más tiempo en el Asilo y al marcharse se ha llevado á su hija Dolores.

Esta se halla poseída de gran miedo hacia el Asilo-Cuna, llorando amargamente cuando se le nombra á una *Hermana* y se le pregunta si quiere volver á aquel lugar cristiano.

Así mismo repite muchas veces que su difunta hermana Mercedes tenía antes del misterioso suceso sangre en el cuello, en la cara y en la sien y que la curaba la hermanita Dolores.

Según afirma la superiora, sor Teresa, Merceditas ha muerto de enfermedad contagiosa que ya llevaba cuando ingresó en el Asilo.

Al hacerse esto público, y decirse que sor Teresa está tísica, y sobre todo, en vista de lo ocurrido á la niña Mercedes, muchas familias han retirado sus hijos del Asilo Cuna.

En Mataró se ha abierto una suscripción para socorrer á Concepción, dueña de la falta de recursos con que atender á sus necesidades y á las de su hija, una inmensa pena de haber dejado sana á su hija Mercedes, y enterarse á las pocas horas de que estaba en el cementerio.

El fiscal de la Audiencia de Barcelona ha ordenado al Juzgado de Instrucción del partido de Mataró que abra una información para depurar los hechos, habiendo ya comparecido y declarado la madre de la niña, un individuo conocido por *Calella*, la superiora del Asilo Cuna, sor Teresa y el carpintero Vicente Ros.

El médico forense D. Trinidad Cruzate, con los doctores Pou, Campaner y Riera, han practicado la autopsia al cadáver de la niña Mercedes, previa exhumación.

Veremos lo que resulta.

Dice bien el escritor que afirma «que si un periódico no hablase más pudorosamente que la Biblia, ningún padre de familia lo admitiría en su hogar».

EL MOTIN



¿Pero, á dónde váis? ¿Queréis perderos para siempre en la otra vida, y arruinarnos á nosotros en ésta?

Suscripción "Cruz Roja,"

	Pesetas.
Suma y sigue.....	3332'98
Pablo Balsells (Maldá).....	4'00
José Roig (Golmés).....	0'50
Miguel Mayoral (Idem).....	0'50
Miguel Nadal, 1'00.—Jaime Dalmau, 0'50.—Antonio Batiste, 1'00.—Marcelino Nadal, 0'50.—Antonio Nadal, 0'50.—Juan Nadal, 1'00.—Cosme Estrade, 0'50.—Enrique Boré, 0'50.—Ramón Batiste, 0'50.—Juan Juste, 0'50.—Ramón Boré, 0'50.—José Capdevila, 0'50.—José Botí, 0'50.—Pablo Alcáala, 0'25.—José Rigual, 0'50.—Antonio Nadal Alentorn, 0'50.—Melitón Nadal, 0'25.—Miguel Lladó, 0'50.—Antonio Nadal Ballesca, 0'50.—Tomás Rigual, 0'50.—Roque Estrade, 0'50.—Ramón Pujol, 0'50.—Jaime Sales, 0'50.—Juan Nadal Gil, 0'50.—Camilo Nadal, 0'50. (Todos de Vallengara).	13'50
Marcelino Arias (Bergerac-Francia).....	3'00
Juan Jimenez (La Sierra)...	0'25
J. Bedós (Tortosa).....	1'00
Un republicano (Carcagente).	4'00
Vicente Ferrer Gómez (idem).	1'00
Eugenio Pérez (Villanueva de Serena).....	1'50
Francisco Sanjust (Valencia).	2'00
Emeterio Gómez Suarez (Viego).....	5'00
Joaquín Gutierrez (Granada).	1'25
Juan Pelleja, 0'10.—Tomás Gasso, 1'00.—Juan B. Cabré, 0'50.—Jaime Muntané, 0'50.—Tomás Secall, 0'50.—Antonio Sentís, 0'25.—Domingo Cervera Cabré, 0'25.—Domingo Cervera Secoll, 0'50.—Juan Muntané, 0'50.—Alejandro Cubells, 0'25.—Asunción Marcó, 0'15.—Juan Gasó, 0'10.—Casimiro Gasó, 0'10.—Tomás Gasó, 0'10.—Un cabrero revolucionario, 0'10.—Antonio Sentís Vellés, 0'10.—Palmira Andreu, 0'10.—Contancia Andreu, 0'10.—A la memoria de Libertad, 0'10.—Cinta Pujol, 0'25.—Una rata de sacristía, 0'10.—Cándida Secall, 0'10.—José Secall, 0'10.—María Sentís, 0'10.—Artillero, 0'10.—José Pelleja, 0'10.—Pablo Vilá, 0'25.—José Bauló, 0'10.—Bernardo Pujol, 1'00.—Antonio Crusat, 0'10.—Jaime Aligué, 0'25.—Domingo Barceló, 0'25. (Todos de Bellmunt Priarato).....	8'10
Suma y sigue.....	3378'58

Suma anterior.....	3378'58
He-menegildo Gutierrez (Gallisteo).....	2'00
Un republicano (Vigo).....	11'50
Juan García Arteaga (Agaete).	1'00
Antonio Virgili (Barcelona)...	5'00
José Menéndez Escolar (Madrid).....	5'00
José Serra, 0'50.—Un anticlerical que así hace cumplir á su familia, 1'50.—Genaro Mijavila, 0'50. (Los tres de Uldecona).....	2'50
José Guix, 1'00.—Juan Traya-do, 0'25.—José Garolera, 1'10.—José Domenech, 0'40.—Jaime Pujol, 0'25.—E. T., 0'10.—Juan Prasague, 0'90.—Jaime Jiverta, 0'10.—Uno que odia al jefe de municipales, 0'10.—Pedro Salas, 1'00.—Magin Martí, 0'40.—José Palau, 0'40.—Jaime Palau, 0'40.—José Morera, 0'70.—Benito Oliveras, 1'20.—Pedro Plá, 0'20.—Jaime Serrallonga, 0'30.—Pedro Prat, 0'20.—José Oriolla, 0'20.—Joaquín Escarrá, 0'20.—Vicente Fajardo, 0'30.—Rafael Diaz, 0'50. (Todos del Centro Obrero Republicano de Ripoll)...	10'20
Ramiro de la Riva, 26'50.—Narciso Cervera, 25'00.—Camilo G. Miguez, 25'00.—José Rey, 5'00.—Domingo Méndez, 5'00.—Agustín Nicolás, 5'00.—José Alvarez, 3'00.—José Suarez, 2'50.—Andrés Gundín, 2'50.—Manuel Fernández, 2'00.—J. J. Higuera, 5'00.—Serfin Dominguez, 3'50. (Todos de La Habana).....	110'00
Elvira y Consuelo (Gijón)...	3'00
Enillo López (Torredembarra).....	1'00
Trinitario Navarro (Pinoso-Alguenja).....	5'00
Liga de republicanos españoles de San Juan de Puerto Rico.....	100'00
Elviro Sopena (Sotondio)...	1'95
Ramón Morales (Madrid)....	5'00
Ramón Lodeiro (Idem).....	2'00
N. comedes Bartolomé (Miguelañez).....	1'00
Gregorio López Sanz (Covarrubias).....	1'00
Gregorio González (Granatula).....	1'00
Juan Grande Caballero (Mambrillas de Lara).....	1'00
Francisco del Val (Castroce-niz).....	1'00
Pablo Balsells (Maldá).....	4'00
José Roig (Golmés).....	0'50
Miguel Mayoral (Idem).....	0'50
J. G. (Madrid).....	1'00
Pedro Fernandez (Mnas de San Quintín).....	1'50
Federico Martín (Castrillo de la Reina).....	5'00

Suma y sigue..... 3661'23

Suma anterior.....	3661'23
Un eslabón de la Cadena (Hibana).....	1'00
Vicente Arracó (Zaragoza)...	1'00
José de la Heredia (Veritas), 5'00.—Francisco García Novo, 2'00.—Antonio Domínguez, 2'00.—José Pérez, 2'00.—Ricardo Montoto, 1'25.—Ramón Simedro, 5'00.—Manuel Lapido, 0'25.—Manuel Cardama, 0'25.—Angel C. Depaso, 0'25.—Manuel Martínez, 1'00.—Estanislao Pérez Añine, 5'00.—M. P., 1'00. (Todos de Padrón).....	25'00
Juventud Instructiva Obrera Radical de Jerez de la Frontera.....	2'00

Suma y sigue..... 3690'23

Cosillas fiambres

Mucho os he combatido, ¡oh apóstata!, y aún tengo remordimientos por no haberlo hecho más. El político que se va de un partido avanzado á uno retrógrado, merece todas las condenaciones.

Pero al compárase ahora con aquellos que, pensando como vosotros, permanecieron en el campo republicano haciendo política monárquica, estoy por suponerlos más honrados.

Al irse á la monarquía, vuestra influencia en el republicanismo no cesó y dejasteis de perturbarlo. Los que se quedaron entre nosotros han hecho, por el contrario, pagar cara al partido su consecuencia.

Al separaros, despertasteis indignaciones que acrecentaron nuestra fe; en cambio, los otros la fueron matando poco á poco.

Más y mejor han servido á la monarquía los republicanos que no desertaron, que vosotros, los que os fuisteis descaradamente á sus filas. Vuestra influencia no se ha extendido más allá de los períodos en que gobernasteis; la de ellos ha sido y es constante; y mayor en ocasiones.—1890.

Si queremos los republicanos llegar, tenemos que destruir una porción de leyendas.

Los republicanos, como españoles, allá nos andamos con los monárquicos. En esta avalancha de desventuras caídas sobre España, todos somos culpables, los que no por acción, por omisión. Ha bajado el nivel general, y así todos estamos hoy al mismo nivel.

¿Quién tiene más medios de elevar ese nivel? Nosotros indudablemente; nuestras doctrinas se prestan á ello más que las de los monárquicos; éstos no pueden rebasar ciertos límites en las reformas; nosotros sí.

Ellos se ven atados por las exigencias del régimen, á cuya sombra España ha venido tan á menos; nosotros podemos



llegar hasta la frontera que separa la burguesía del socialismo.

La diferencia es grande, fundamental; por esto España no tiene salvación fuera de la R pública y por esto no nos ha mandado ya á paseo.

Pero esto no nos autoriza á creernos una raza aparte; somos españoles, con todos los defectos de nuestros compatriotas; aunque en mejores condiciones que los monárquicos para realizar lo que á España conviene.

Esto de tener á toda hora en los labios lo de «somos los más y los mejores», sin demostrarlo de ninguna manera, es una portuguesa ridícula, ó un estribillo, lo cual sería peor aún.—1905.

Señores diputados republicanos:

Si al solicitar los sufragios del partido le hubiérais dicho:

«Vamos al Congreso á oír impasibles entonar endechas á la monarquía, á permitir que los restauradores insulten impunemente á hombres importantes de nuestra comunión, á ver con indiferencia los males de la patria, y á sacar destinos para nuestros amigos y paniaguados...» Si esto le hubiérais dicho, no estaría ahí.

Despertad de vuestro letargo; todavía estáis á tiempo de hacer algo por el partido, por el país y por vuestra propia fama; recordad la conducta de otras minorías, tan cortas en número como la actual, y sirvaos de estímulo, para imitarlas, el resultado que para sus ideales obtuvieron; y cuando ninguna de estas consideraciones os moviese, muévao la del cumplimiento de un deber que nadie os ha impuesto, que habéis solicitado, y que, por lo tanto, os obliga doblemente.—1888.

La República, venga hoy, venga mañana, ó será anticlerical, ó no será.

O librára á España de las órdenes religiosas y del yugo de la Iglesia, ó no tendrá razón de ser y morirá en breve.

Resuelta esta cuestión, quedarían otra porción de ellas resueltas por sí solas.

Los republicanos que no lo entiendan así, prepárense para recibir grandes disgustos.

Hablamos de aconsejarle todos al pueblo que transigiera con el clericalismo, y nada conseguiríamos.

Está decidido á acabar con él, y acabará en cuanto la ocasión se le presente.

¿En qué forma? No me importa, y, por lo tanto no me cuido de averiguarlo. En la que él quiera.

En este punto soy partidario decidido de las autonomías individual, municipal, provincial y regional.—1885.

Hay unos hombres hacia los cuales siento tanta simpatía como respeto, y son los que, con menos de veinticinco años cuando cayó la República, muestran hoy en sus cabezas las huellas del tiempo, mientras su corazón guarda todos los entusiasmos y gallardías de aquel otro en que nacieron y á la vez murieron para la

vida pública; hombres inteligentes y honrados que han asistido á la farsa de conciencias y á la subasta de convicciones del último cuarto de siglo, ora indignándose, ora apartando con asco la mirada, sin sentir apetitos indignos, sacrificándose, y lo que es más aún, sacrificando á los suyos, por no traicionar sus ideales; hombres que, al caer rendidos, en lugar de maldecir su consecuencia, sólo sienten no vivir más años para ser consecuentes algunos más...

Cada uno de esos deja al morir un hueco que no se llena, pues ningún joven acude á ocuparlo, y con ellos se van los últimos resplandores de esa luz que tanto brilló siempre en nuestros partidos extremos, la de la consecuencia, dejando á la vez sin significación práctica palabras tan hermosas como las de abnegación, desinterés, patriotismo.—1899.

Me pide un amigo que proponga á liberales y republicanos lo siguiente:

No surtirse de nada en tiendas, almacenes ni fábricas de los clericales, como los clericales no se surten de nada en las de los liberales y republicanos.

Propuesto queda, más no se llevará á la práctica. Del mismo modo que muchos de los nuestros, sin creer en nada, van á la Iglesia para que los tengan por católicos, irían á surtirse á los establecimientos de los clericales.

Créame ese amigo: no está el mal precisamente en lo que los clericales hacen, si no en lo que dejamos de hacer nosotros.—1896.

Es más despreciable que el monárquico el caciquismo republicano, porque es más pequeño y más egoísta.

El monárquico persigue á sus enemigos, los atropella, físea la ley y prescinde de la justicia; pero ampara á los suyos, los defiende, les da pan y salva del presidio á los que por servirle se comprometen.

El republicano, en cambio, exige sacrificios á los suyos, más por nadie los hace. Trabaja exclusivamente para él.—1905.

Sería mucho más serio, más beneficioso para la patria y hasta más honrado, que ciertos hombres le dijeran al pueblo:

«Somos republicanos, más no partidarios de traer por la fuerza la República; por lo tanto, desde hoy nos dedicamos á trabajar por su venida dentro de la legalidad exclusivamente.»

Podría discutirse si hacían bien ó mal, si estaban ó no engañados, pero nadie tendría derecho á dudar de sus intenciones. Mientras que ahora...

Ahora cualquiera lo tiene, al ver que, sin valor bastante para declararse francamente evolucionistas, obran en todo como tales, manteniendo así un equívoco que hace imposible, á ellos y á los demás, realizar una acción secunda y provechosa.—1891.

¿Quieres, pueblo, hallar algún remedio á tus males?

Proscribe de tu seno á todo el que, no siendo de asuntos técnicos, te hable más de treinta minutos seguidos.

Los charlatanes de frase sublime, lo mismo que los redondeadores de períodos son tus mayores enemigos, pues te ofuscan, te arrastran y acaban por engañarte.

Fíjate en los anunciantes de drogas y específicos: mientras menos vale lo que venden, más se desgañitan.

Platón quería coronar de flores á los poetas y desterrarlos después de la República.

Tú no debes llegar á tanto con los oradores; con no ir á escucharlos ó silbar al que se exceda, resolverás la cuestión.

Fíjate en esto, que te importa.—1900.

Si; hablemos de par en par. ¿Para qué seguir mintiendo ó engañándonos?

España es republicana en su mayoría, y entre los mismos monárquicos hay ya muchos convencidos de que sólo la República puede resolver los grandes problemas planteados.

¿Por qué entonces no viene? Porque no inspiran confianza los hombres llamados á gobernarla en los primeros instantes.

¿Es que valen los monárquicos más? No. Pero tienen el poder, la costumbre de ejercerlo y la máquina funcionando; cuentan con más recursos de toda clase que nosotros, y, por consiguiente, con más medios de mantener su influencia.

Además, las gentes imparciales y desapasionadas se preguntan: «¿Dónde están los hombres capaces de acometer la gran obra encomendada á la República?»

Y miran á un lado y á otro, y ¿para qué adularnos?, no los ven. Y de aquí sus indecisiones, sus recelos... Y de aquí el fenómeno de un país republicano gobernado por la monarquía.—1905.

Cuáles son más culpables, ¿los gobiernos que á la situación en que estamos nos han traído, ó quienes se lo hemos tolerado?

Indudablemente nosotros. Sin eminencias republicanas incapaces, no habrían podido sucederse durante treinta años gobiernos inmorales. Y sin pueblo que las corease, no habrían podido subsistir esas eminencias un trimestre.

A oposiciones cobardes, gobiernos desatentados.—1906.

Algunos colegas me preguntan qué es lo que quiero y cómo lo quiero. Y voy á complacerles.

Quiero una República que legisle y gobierne, y tenga la mano tan dura para reformar como para castigar.

Para llegar á esa República, necesitaría primero que cada partido plegara su bandera.

Una vez unidos, deberíamos compulsar nuestras fuerzas, y si eran bastantes para intentar el esfuerzo supremo, á ello;

y si no, á permanecer arma al brazo acochando el momento oportuno.

Deberla constituirse un directorio revolucionario compuesto de personas caracterizadas de los tres partidos, que allegasen fuerzas extrañas y organizarasen las propias, con la autoridad que la unión les prestaría.

Conseguido el triunfo, deberíamos formar un gobierno de hombres enérgicos y de talento que en los ocho primeros días hiciesen la revolución desde *La Gaceta* y tomaran medidas que impidieran el alzamiento carlista.

Y después se acordaría reunir unas Cortes, para que dieran fuerza legal á lo hecho dictatorialmente.

¿Proclamaban esas Cortes la República unitaria? Pues á defenderla contra el enemigo común, sin dejar cada uno de trabajar por la implantación de su ideal respectivo dentro de las vías legales.

¿Proclamaban la federal? Pues lo mismo.

En suma, que ocurriese lo contrario que el 73: que gobernasen los de arriba y no perturbaran los de abajo; que las Cortes legislaran y los ministros aplicasen las leyes.

Y como la nación viera que, pasadas las convulsiones naturales en todo movimiento revolucionario, implantábanse reformas salvadoras y sosteníase el orden, se pondría resueltamente á nuestro lado.

Lo urgente es reintegrar á la nación en su soberanía, aboliendo los poderes inamovibles é irresponsables. Luego, ella verá lo que ha de hacer.—1892.

Mientras aquí no nos unamos para derribar, sin preocuparnos de que el edificio que ha de levantarse se ajuste al plano de este ó aquel arquitecto.

Mientras nos cuidemos del mañana más que del hoy, como si estuviera en nuestra mano encauzar desde ahora ese mañana.

Mientras por temor á los males que pueden sobrevenir al cambiar de régimen soportemos los que el actual produce, no adelantaremos un paso.

Lo único que podemos y debemos ofrecer al país, es la seguridad de que antepondremos en todo tiempo y circunstancias su salvación á nuestro interés particular, y que estaremos siempre dispuestos á sacrificarnos en bien suyo. Fuera de esto, nada de hemos en justicia y en conciencia ofrecerle.

Y en tanto que no lleguemos á esto, no saldremos de esta situación difícil, nos gastaremos en empresas estériles, y seguiremos haciendo méritos para que se nos califique de necios, el más terrible de los calificativos en política.—1894.

La verdad es que somos majaderos de veras los que nos da por ser indisciplinados. Ni honra ni provecho sacamos.

En cambio, los disciplinados pasan por sensatos, patricios y buenos republicanos, se apoderan de cargos y representaciones, disponen y mangonean en el partido, se ahorran de pensar, de discurrir, de com-

prometerse en nada. ¿Que no están conformes con algo que el jefe hace? Con callar, asunto concluido.

¿Qué saca nos de la indisciplina nosotros? Disgustos, contrariedades, enemistades, fama de envidiosos ó ambiciosos, si es que no se atribuyen á móviles interesados ó indignos nuestra actitud, cosa muy corriente en los partidos populares.

Sed disciplinados, queridos amigos, y acaso llegue á vosotros alguna presidencia de Comité, alguna concejalia, ó, si Dios fuere servido, algún acta de diputado; todo, menos la República.

¿Y á qué está uno en este misero valle de lágrimas sino á vivir lo mejor posible, satisfaciendo vanidades y apetitos y alcanzando consideraciones y provechos?

¿Que por qué no lo hago yo? Por ser tonto de capirote.

Haced, pues, lo que os mando y no os preocupéis de lo que yo haga, como dice la gente de Iglesia.—1905.

Los republicanos deberíamos besar donde los monárquicos pisan.

¿Por qué? Porque teniendo el poder, la fuerza, el dinero, y viéndonos tan cobardes, tan rebajados, nos tratan todavía con relativa consideración.

Deberían exigirnos que les diéramos la derecha en las aceras; que nos descubriésemos humildemente al pasar junto á ellos; que en los espectáculos públicos ocupáramos los sitios inferiores; que viajáramos en departamentos especiales; que usáramos trajes de telas y colores determinados; que fuésemos todas las mañanas á enterarnos de cómo habían pasado la noche y de paso les limpiásemos las botas, á fin de que nos diéramos lustre cuando nos las intercalaran en el texto; por último, deberían tratarnos como á esclavos, como á parias; que eso y más merecemos. Y á ver si entonces, al ruido de sus puntapiés despertaba nuestra dignidad y nos decidíamos á cumplir con nuestro deber.

Podremos cerrar los ojos á la realidad, intentar engañarnos; pero es lo cierto que hoy, ni representamos nada, ni influimos para nada en la vida de la nación. Los gobiernos, lo mismo conservadores que liberales, siguen su camino sin preocuparse de lo que podamos hacer, saben que no hemos de dispararles más que discursos, y no temen á tales proyectiles.—1894.

Yo creo y he creído siempre que, para poder triunfar de la monarquía, tenemos que triunfar antes de nosotros mismos, aminorando, suprimiendo ó desterrando usos y prácticas que nos quitan seriedad y nos restan prestigio.

Lo primero que debemos hacer, es bajarnos del trípode. Y no abusar del lenguaje enfático y del estilo altisonante. Y suprimir amenazas de repertorio. Y no dar por muerta á la monarquía en cuanto ganamos unos puestos de concejal. En fin, hay que humanizarnos, vivir la vida de todos, parecernos á los demás sin ser como ninguno; é imitar menos al prota-

gonista de la pieza cómica *El maestro de escuela*; aquel que cuando un chico se equivocaba en los exámenes mandaba tocar la música para que no se le oyese, que es lo que solemos hacer nosotros; echarlo todo á barato cuando no sabemos por dónde salir.

El creernos una casta aparte, nos ha hecho incurrir en grandes errores. Y hay que desengañarnos: somos españoles, con todos los defectos de nuestros compatriotas, si bien con menos responsabilidades directas en la ruina de España, y, por lo tanto, con más autoridad para regenerarla. Lo cual ya es mucho.

El día que nos convenzamos de esto y obremos en consecuencia, habremos dado un gran paso para que se nos crea capaces para realizar cuanto ofrecemos.

Comprendo que en los partidos populares hay que abusar algo de la hipérbole; pero no tanto, no tanto... Esto de vivir siempre en trágico, llama á voces al ridículo.

Y el ridículo es un disolvente terrible.—1905.

¿Salen los grandes hombres de los pueblos viriles, ó los pueblos viriles son formados por los grandes hombres?

Varias veces me he hecho esta pregunta, sin acertar á contestarme rotundamente.

Me inclino, sin embargo, á lo último, por lo tocante á España y á la época actual. Creo que un grande hombre la salvaría.

Y he aquí lo que explica el que me haya pasado la vida volviendo en varias direcciones mi linterna, engañándome siempre, sin desengañarme nunca.

¿Que cómo creo yo que debe ser el hombre que España necesita y con el que he soñado siempre?

Uno que se cuide de que prevalezca la justicia mejor que de que se cumpla la ley.

Que ame más intensamente á España que á su buen nombre.

Que abarque la obra política en conjunto y deje á sus hechuras las minucias del detalle.

Que tenga alma grande para desdeñar lo pequeño, y corazón más grande aún para albergar todas las generosidades.

Que al encargarse de regenerar al país renuncie á su tranquilidad; que desprecie su fama; que leve, en fin, la ofrenda de su vida, si necesario fuere, al altar de sus convicciones.

Hombre recio de espíritu y firme de voluntad, resuelto á salvar ó destruir cuantos obstáculos se opusieran á su marcha.

¿Sabe alguien de alguno que reúna esas condiciones?

Que me lo diga, para ir á ponerme inmediatamente á sus órdenes.—1905.

Nos viene ocurriendo hace tiempo á los republicanos lo que á todo el que gasta peluca: ni se engaña á sí propio ni engaña á los demás. De nada le sirve ocultar la calva, si la calva existe.

Creyendo que quienes nos escuchan son tontos, nos esforzamos por demostrar que vivimos en dulce paz y concordia, que los jefes son unos patricios eminentes, y que la República está en puerta.

Sabemos que nada de esto es cierto y que no lo será mientras no variemos de rumbo; pero ¡ay del que lo declare! La ropa sucia se lava en casa.

La teoría está desacreditada, sobre todo desde que se ha descubierto que en las ropas precisamente se transmite el contagio de varias enfermedades, el cólera entre ellas, pero seguimos sosteniéndola tan campechanamente.—1892.

Un niño se ahoga en el mar. La playa está llena de gente que lanza gritos aterradoros. La madre calla, pero lo mira con ojos en que se pinta el terror de las angustias supremas.

Cada segundo que pasa es más inminente la muerte del niño.

Dos hombres, impulsados por el mismo arranque generoso, se lanzan a la orilla; pero como van vestidos con ropas que les impedirían el libre manejo de sus remos dentro del agua, comienzan a desnudarse.

A poco el uno se detiene, recordando que el pudor es casi una virtud, mientras el otro se queda en cueros, se arroja al mar y salva al niño.

¿A cuál consideran más grande los republicanos que no quieren renunciar momentáneamente a sus particulares principios para salvar a España? ¿al que prescindió de los del pudor para librar al niño, o al que los conservó incólumes?

Y no olviden al contestar, que los espectadores no se dieron cuenta de la desnudez del primero ante la grandeza de su acción.—1896.

Parodiando al médico que decía: «no hay enfermedades, sino enfermos», yo vengo repitiendo hace años: «no hay partidos republicanos, sino republicanos».

Republicanos que, por causas de todos sabidas y por mí constantemente señaladas, estamos como aletargados para toda acción práctica y provechosa; dándose el caso de que los partidarios de los procedimientos de fuerza llevemos once años sin dar señales de vida, y los que ven la panacea en los comicios vayan al Congreso a pronunciar discursos sin finalidad práctica, que los votos anulan dentro, y que no tienen eco fuera.

¿Por qué todo esto?... Porque las divisiones mezquinas, las luchas de fracción, los odios irreductibles, lo pequeño, en suma, han aletargado las energías del partido republicano, razón por la cual impónese imperiosamente la muerte completa de los organismos que a tal situación nos han traído.

Seguir como estamos sería agravar el mal, haciendo además imposible el remedio.—1898.

Si efectivamente somos los más, ¿por qué nos dejamos avasallar por los menos? Y si los mejores, ¿cómo consentimos que

los peores, y que se hallan además en minoría, dispongan de los destinos de la patria?

Urge acabar con las leyendas en el republicanismo. Envanecidos con la idea exagerada de nuestros méritos, aspiramos a que se nos conceda por gracia lo que debemos conquistar por deber, dando así lugar a que se nos trate como si fuéramos los menos y los peores.

Entremos, aunque sea poco a poco, en la realidad, y consiguiémos al fin que se nos considere, se nos respete, se confíe en nosotros, se nos ayude y se nos apoye, ya que no hemos logrado que se nos tema.

Pues repito que no son nuestras ideas el obstáculo para que triunfemos; somos nosotros.—1905.

Los que se empeñan en que toda España esté conforme con la idea de derribar lo existente, se olvidan de que «las revoluciones se hacen siempre por una pequeña minoría».

El que la mayoría preste o no después su consentimiento depende de la virilidad con que obren los que se pongan al frente del gobierno.

Resultan, pues, majaderos de solemnidad los republicanos que difunden la idea de que hay que contar con toda España para intentar algo.

Majaderos, o algo peor.—1887.

No es posible evitar que se llame republicano todo el que quiera.

Pero hay un medio de evitar que desde nuestro campo ayuden algunos a la monarquía, y es: formar un tribunal de republicanos que nunca hayan utilizado con la monarquía su posición ni su renombre, para que los expulse del partido.

Y una vez arrojados, perderían de un golpe el apoyo y protección de los monárquicos. ¿Para qué les servirían, no pudiendo seguir poniéndose la careta republicana?

Y esto sería un bien grande en lo presente, pero más en lo porvenir. El que pudieran pasar como republicanos ciertos hombres el día del triunfo, aumentaría las dificultades con que indudablemente habremos de luchar.—1896.

Resolviéndose todo por votación en las Cortes, ¿qué importa que el número de republicanos sea en ellas mayor o menor?

Lo indispensable es que se distingan por lo consecuentes, por lo enérgicos, por su entereza para combatir la monarquía y su valor para afrontar las consecuencias; en fin, que no se parezcan en nada a cuantos han sido diputados durante la restauración sin provecho para la causa republicana, y sin haber levantado el espíritu del pueblo, por haberse contentado con hacer una oposición de real orden, digámoslo así, muy conveniente a los intereses monárquicos.

Aparte de que, si todo lo que el sufragio universal nos reservaba era duplicar el número de diputados, bien poco ha-

bría que agradecerle al sufragio universal.—1891.

Y en tanto que los de arriba no se entienden, el Pueblo, el amo, ese que da los poderes y los quita; que, según las circunstancias, la ocasión y lo que de él se espera, se ve halagado o menospreciado; que unas veces *está capacitado para el ejercicio del poder*, y otras *no tiene conciencia de sus deberes*; sensato cuando vota, é indisciplinado cuando manifiesta deseos de que se le ordene protestar en otra forma; ese pueblo, eterno comodín de los que se preparan ahora a adularle para que ejerza el sacrosanto derecho de depositar su voto en las urnas, ese pueblo calla, pensando acaso para sus adentros en aquel sentenciado a muerte que iba caballero en un burro camino del cadalso, y que dijo a los que corrían para presenciar su ejecución: «No correr. que hasta que yo llegue no empieza la función», y diciéndose para sus adentros: «No gritar: hasta que yo no me resuelva a daros mi voto, vuestros gritos se perderán en el vacío.»—1905.

Nunca he adulado a las masas, y pocos habrán consagrado más por entero que yo su vida a demandar justicia para ellas. Como nunca les he pedido ni pido pedirles nada, no he necesitado adularlas. De todas las faltas políticas, ninguna para mí tan censurable como ofrecerle al pueblo lo que de antemano se sabe que no ha de poder dársele.

Se engañan los que, para pasar por radicales, halagan al socialismo y al anarquismo. Lo único radical es la democracia: dentro de ella se puede llegar a todas partes.

Ese error corre parejas con la mala fe de los que afirman que es necesario trabajar manualmente para interesarse por el obrero. No. Para combatir las injusticias que con el pueblo se cometen, no es preciso sufrirlas.

Y diré más. Tiene doble mérito el que, sin ser obrero ni esperar nada de los obreros, se dedica a su defensa, que quienes, perteneciendo a la clase, piden para su parroquia, trabajan para sí mismos.—1902.

El correo es un negocio

Si en España hubiese habido gobernantes... alguna vez, quizás me ahorraría de escribir el presente artículo. Cuando menos no podría encabezarlo con este título.

Si, señores; el servicio de Correos es, en España, uno de los grandes negocios que el Estado explota.

Si analizamos la parte administrativa, veremos, a través del caciquismo imperante, un pingüe negocio localista é individualista en cada población ó ciudad. Todo ello a cargo de los respectivos carteros, ó, lo que es igual: los carteros lo producen y otros... se lo comen. No obs-

tante, el cartero... también come, sea como fuere.

Si tocamos la parte directiva, ó sea, el Centro Directivo y Administrativo de dicho negocio, digo, servicio, nos encontraremos con un sin fin de obstáculos... Todos, eso sí, muy dignos de estudio, pero insolventes, según unos, y... bien solventados, según otros...

¿Quién nos atenderá, pues? ¿El Gobierno? ¡Bah! El Gobierno está muy ocupado en consumir unos millones en una escuadra y material de guerra. ¡Oh!, la guerra vale mucho más que el servicio de Correos.

El Gobierno francés, como el inglés, el suizo, alemán, etc., después de dotar el servicio de Correos de todos los adelantos conocidos y pagar como se merecen sus agentes, empleados y carteros; después de contar con una magnífica organización en los servicios internos y externos; después de estas y otras ventajas que no enumeramos, todos esos Estados, además de dar á este importante servicio todo lo que da de sí (que no son pocos millones), lo subvenciona para que pueda atender los nuevos gastos que el progreso le impone.

El Gobierno francés acaba de consignar, para aumento de personal subalterno, auxiliar, creación de nuevas plazas y aumento de sueldo, la importante suma de 29 972 252 de francos.

El Estado español, en cambio, dispone de los esclavos del Correo, pero no les paga. Los carteros de España vienen obligados a cobrar al público cinco céntimos por carta. De esas ridículas cantidades se hace la recaudación para pagar á los carteros. La explotación del negocio es, pues, intolerable.

El producto que recauda el Estado por este servicio, es de 25 á 28 millones de pesetas anuales. Y, ahora, con el Giro Postal, los beneficios son íntegros para el Estado. Para el personal, el productor de esa riqueza, nada.

Todo lo que da el Estado—y no lo da, porque lo ha quitado ya del servicio—como subvención, es la insignificante suma de un millón escaso unas veces, medio millón otras.

El Estado español deja que la Iglesia se coma de 67 á 70 millones de pesetas del Tesoro nacional. Y, sin embargo, esa clase no produce nada al Estado. He ahí un contraste social. El Pueblo que paga tiene la palabra. Nosotros no decimos más...

El servicio de Correos de España es el más caro del mundo y quizá el más deficiente también. En casi todos los países, las cartas no pagan más que diez céntimos para el exterior de la población y cinco para el interior. Aquí se pagan 15 y 10 respectivamente. En ningún país más que en España es obligatorio el cobro de los cinco céntimos al destinatario de las cartas. Es decir, una carta en España cuesta 20 céntimos, el doble de lo que se paga en el extranjero.

En resumen: es un servicio el de Correos caro y malo. El Estado explota al

público y á los carteros, á quienes, además, no les paga.

Véase si esto es ó no un negocio excelente.

JUAN CATALAN

Bien hecho

¿Y cómo dicen que corría un tal G. Schiebl, del cantón de Argovia (Suiza), tesoro del Sindicato católico nacional?

—¿Y por qué corría?

—Porque iban á *enchironarlo* bajo el frívolo pretexto de que había malversado 200.000 francos, donados por un señor Mar-chal para la adquisición de la iglesia de Nuestra Señora.

—Pues hacía muy bien en correr. ¿O querían que hubiese permanecido quieto hasta que fueran á prenderle, dando así lugar á que los impios se regocijaran luego, viéndolo á un ferviente católico metido en la cárcel por ladrón?

Hay que impedir por todos los medios que la impiedad halle motivos de regocijo ni aun en hechos tan usuales y corrientes.

CUESTIONES DEL DÍA

HAY QUE SER PADRE

A un «boy scout» de treinta y seis años.

Se hace de los niños un arma de combate. Las palabras cariñosas del Hijo del Carpintero amonestando á los discípulos eficientes que apartaban á los chicos para escucharle mejor, convertidas en excesiva sustancia, torcidas para adaptarlas como lema de un programa, se han desnaturalizado mucho.

Sobre la frase amable del mejor de los judíos, «Dejad á los niños que se acerquen á mí», se ha creado una función táctica del cristianismo militante. Una multitud de hombres infelices, de hombres muertos para la vida y la especie, ha tomado en sus brazos el hijo del vecino y lo ha paseado por todo el mundo hablandonos de su amor á la infancia.

No se pueden creer esas palabras.

Las mujeres, que por instinto son todas madres aunque no hayan sentido una criatura en sus entrañas, llevan un niño despierto dentro del corazón. Y las mujeres más santas no han subido á los altares con ninguna criatura como no sea dándoles el pecho.

San Antonio, San José de Calasanz, San Francisco de Sales, San Ignacio de Loyola no llevan ni llevarán jamás, á pesar de toda la inspiración de los estatuarios cristianos, un niño con verdadera gracia.

Los padres cogen á los niños de otro modo: los llevan con verdadero amor. Una Isis cualquiera, esbozada nada más por un artista egipcio, lleva al pequeño

Tifón con muchísima más ternura que cualquier santo cristiano, que muy santo de verdad, no fué padre ni por sueños.

Lo que pasa en las representaciones artísticas pasa también en la realidad. Los peores maestros, los peores directores, los peores tutores de la infancia, son los hombres sin sucesión conocida.

Si en mi mano estuviera, no consentiría el ejercicio del profesorado á los hombres sin acreditar antes la paternidad.

La suprema razón que he encontrado y que realmente existe contra la autorización á las Ordenes religiosas para que se dediquen á la enseñanza, es ésta de no tener sucesión conocida, y esta misma razón quisiera que informara á la dirección de toda asociación de niños dirigida por los mayores.

Cuando no hay paternidad, lo que se hace es abusar de los chicos del vecino.

Y si no es padre de veras, es una usurpación de estado civil y natural llamarlo...

RAFAEL URBANO

El Socialista

El rey de la tierra

—Es indudable que soy el rey del mundo. Mi inteligencia es superior á la de todos los habitantes del planeta. La tierra se ha hecho para mí—decía el hombre lleno de soberbia.

—Todos los vivientes son enanos cuando pasan á mi lado—exclamaba el elefante.—Mi tamaño está manifestando mi importancia.

Y decía el rey de los gusanos al pasar revista á sus huestes innumerables: —Somos el mayor número y la tierra se hizo para nosotros. ¿Véis esos animales gigantes? Todos caerán, uno tras otro, para servirnos de alimento. Somos muy pequeños, pero somos infinitos. Por eso la Naturaleza crea esas masas de carne para darnos de comer. Alabad al genio que creó tantas grandezas para que las roamos los gusanos.

Presentaron las armas los batallones de hormigas; brillaron al sol los corseletes de los insectos que escoltaban al Monarca, batieron marcha los cícnifos y el rey de los gusanos entró majestuosamente por la puerta de su alcázar.

¿Era el palacio la calavera de un filósofo?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

Máximas y lemas

En los Estados Unidos viene extendiéndose cada vez más la costumbre de colocar carteles con máximas y sentencias en las paredes de las escuelas, de las oficinas, de los talleres, de los bancos y de las bibliotecas, encaminadas á inculcar en el público nobles principios y aspiraciones.

Y tanto se ha arraigado esa costumbre, que hasta se ha hecho de moda el

poner lemas ó divites en los papeles de las cartas, en los sellos de Sociedades, en los menús de los banquetes, y todos los días circulan millares de postales con máximas sacadas de los más célebres escritores.

Muchos hombres—se afirma en los varios artículos publicados en la Prensa de Nueva York—han llegado á ser algo en el mundo debido á la impresión producida en su alma por la lectura de alguna máxima ó pensamiento.

«Muchos grandes hombres deben su éxito en la vida á la inspiración que les ha causado la lectura de un libro, al oír una frase, una conferencia ó un sermón. Un ideal, cristalizado en una sentencia, puesta constantemente á la vista de un joven, ha llegado en algunos casos á determinar su destino.»

Cuenta uno de estos articulistas, Marden, que en el despacho de un hombre de negocios vió un cartel que decía: Se suplica la brevedad en las visitas. Tenemos que trabajar para ganarnos la vida, y esto nos quita mucho tiempo.

En la redacción de un periódico de Nueva York se lee este cartel: «Brevedad, exactitud, claridad.»

Una de las sentencias predilectas de Marden, y que repite á menudo, es: «el carácter da fuerza.» El aconseja que este leña se col que en todas las escuelas, en todas las habitaciones de los muchachos: «Máximas—exclama,—grabadlos en el corazón de vuestros hijos.»

Cita Marden un sinnúmero de hermosas máximas, y de ellas entresacamos las siguientes:

«No esperes una oportunidad: hazla.»

«El hombre más rico es aquel que más da á la Humanidad.»

«En el gran reloj del tiempo no suena más que una hora: ahora.»

«Nuestros marcamos nuestro propio valor: no esperemos que la gente nos tome á más alto precio.»

«Apunta alto: y mantén la puntería.»

«Si no llevas la alegría contigo, no la hallarás ni en el cielo.»

«El amor más provechoso es el que se tiene al trabajo.»

«Un hombre perezoso no es más útil que un hombre muerto: pero ocupa mucho más lugar.»

Bien está lo que es; pero que no reclamen los yanquis privilegio de invención para esa costumbre: los clericales de España la tomaron hace tiempo.

Sólo que no ponen cartiles en las paredes, ni lemas en los papeles de cartas ni en las postales con el propósito de inspirar ideas nobles, útiles ni civilizadas, sino con la idea de insultar, injuriar y calumniar á los que no piensan como ellos.

Verdad es que si no hicieran eso, no serían clericales.

No hay moral sin religión, se dice. Esta bien; pero entonces ¿por qué hay tantos religiosos inmorales?

La verdad

La verdad constituye el verdadero vínculo de la sociedad, sin el cual cesaría de existir y caería en la anarquía y en el caos. Una casa no puede ser gobernada por la mentira; ni tampoco una nación. En cierta ocasión se le preguntó á Sir Tomás Bowne si los demonios mentían. «¡No!» fué su respuesta, «porque entonces el infierno mismo no podría subsistir.» No hay consideraciones que justifiquen el sacrificio de la verdad: debe reinar soberanamente en todas las circunstancias de la vida. De todos los defectos vergonzosos, la mentira es acaso el más vil. En ciertos casos es el fruto de la perversidad y del vicio, y no muchos otros el resultado de una gran cobardía moral. Y, sin embargo, algunas personas la consideran con tanta ligereza, que enseñan á sus sirvientes á mentir por ellos; no hay, pues, que sorprenderse cuando en esta triste escuela, los sirvientes se ponen á mentir por cuenta propia.

SAMUEL SMILES

Documento curioso

Los frailes y la libertad

La casualidad ha traído á nuestras manos un documento que atestigüe, primero, que los frailes en general fueron en todo tiempo enemigos jurados de la libertad, y segundo, que la fama de cultos é ilustrados que les han atribuido, tiene mucho de fabulosa.

El documento á que nos referimos es el siguiente:

«*Artículos de la Constitución compuestos por Fray José Freiria, del Convento de San Francisco de Jerez de la Frontera, cuyo documento se encuentra unido á la causa que por tal motivo le siguieron por la Escribanía núm. 15. Dice así:*

Los artículos de la Constitución son 14, 7 espirituales y 7 corporales.

Los espirituales son éstos.

El 1.º creer que la Constitución con su anarquía, nos va introduciendo la herejía.

El 2.º creer que la Constitución es un monstruo horrendo, que lleva al que la quiere al mismo infierno.

El 3.º creer que la Constitución es un diábolico enbeleso, que ha quitado la paz al universo.

El 4.º creer que la Constitución es un Seminario, que no deja religión, Cruz, ni Calvario.

El 5.º creer que la Constitución es un embolismo, amasado y mezclado con el ateísmo.

El 6.º creer que la Constitución no es

otra cosa, que acabar con la semilla religiosa.

El 7.º creer que la Constitución con ceremonia, nos ha metido en una Babilonia.

Los corporales son éstos

El 1.º creer que con sus falsías, hombres indoctos, nos quieren hacer á todos tontos.

El 2.º creer que á todo hacendado y pobre jornalero, van dejando en camisa y sin dinero.

El 3.º creer que á los artesanos, de sus haberes van echando mano.

El 4.º creer que si ella dura, pronto nos echará á todos á la sepultura.

El 5.º creer que con su esmero, nos va sacando á todos el dinero.

El 6.º creer que el Congreso Español, ni quiere Rey ni quiere Religión.

El 7.º creer que pronto vendrá el día, en que se harán públicas todas sus picardías.

Amén.»

Los artículos preinsertos han sido copiados del original, escrito de puño y letra del fraile Freiria y que está unido al legajo que forma la causa seguida por tal motivo contra el expresado fraile.

La Idea.

Jerez de la Frontera.

Justo deseo

Las únicas personas que podemos discutir sobre religión sin pelearnos, somos las que no tenemos ninguna.

Lo cual nos hace desear fervorosamente que desaparezcan todas, para que comience pronto á reinar en la tierra la paz y la tranquilidad que ellas prometen, y que hasta la fecha no hemos visto por parte alguna.

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

DOS PESETAS

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

LA RELIGION al alcance de todos

Una peseta

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

obispo de Prusia y le despachó pronto para que se volviese á apacentar su rebaño.

Pero durante su ausencia las ovejas se habían vuelto lobos. Como si el cristianismo de los prusianos estuviere prendido con alfileres, desapareció en poco tiempo, y al volver su obispo, se vió por ellos rechazado y perseguido.

Todo aquel amor al bautismo se había vuelto hidrofobia: baste decir que aquellos ex-cristianos, sólo en el país de Culm, destruyeron doscientas cincuenta iglesias, y afortunadamente no destruyeron más porque la Providencia no había querido que más hubiera.

Cristiano no quería quedarse sin obispo, y como tenía autorización para levantar una cruzada, añadió algunas fuerzas materiales á las espirituales que sus sagradas órdenes le daban, y con unas y otras reedificó grandemente á Culm.

Los cruzados, después de dejarle triunfante, se volvieron; pero apenas dejó de verles, se sublevó nuevamente la impiedad contra el obispo.

Entonces se fundó la orden de la Milicia de Cristo en Prusia, cuyos caballeros hicieron prodigios sobrehumanos en una batalla que duró dos días y en la que murieron todos aquellos valerosos caballeros: todos, menos cinco, que recibieron favor especial de la Providencia.

El obispo se salvó.

No es extraño. Desde su más tierna edad se le oía repetir:

«¿Yo para qué nací? Para salvarme.»

Quando en 1212 los reyes de Navarra, Aragón y Castilla fue-on á castigar al Almonade que se había apoderado de Salvatierra, ¿quién iba al frente de los ejércitos? Los arzobispos de Burdeos y Narbona y el obispo de Nantes, con sus hombres armados.

En paz y en guerra, siempre hallaréis en los buenos tiempos obispos, obispos, obispos, arzobispos, arzobispos y arzobispos.

Como el globo aereostático que se hincha sube, asciende sobre las nubes y desaparece en lo infinito, así el episcopado.

Entendámonos: el episcopado aún no se ha perdido en lo infinito ni en parte alguna: aún se le halla fácilmente en el presupuesto de Gracia y Justicia, pero ascendiendo va á las gloriosas regiones ajenas á la numismática.

En Francia no llegaron entonces á ser señores de las ciudades, porque la mun-

dana soberanía real les privó de espacio y atmósfera; mas en Alemania, donde el poder real era débil, allí no se comprendía ser obispo y no ser el dueño de todo.

Doloroso es para el episcopado alemán de aquella época que uno de los suyos, el obispo de Basilea, se mostrase favorable á las libertades municipales; pero sólo ese desgraciado se separó de las rectas vías de la Iglesia; todos los demás ¡oh júbilo! contribuyeron á fomentar los principados eclesiásticos que por medio de parábolas recomendaba el mismo Jesús á sus apóstoles, en aquellas conversaciones que con ellos solía celebrar sin taquígrafos, por cuyo motivo no ha llegado á nosotros el texto, si bien la Iglesia ha procurado penetrarnos de su espíritu.

El sabio benedictino que mejor ha explicado el por qué de la nostalgia de los obispos contra los municipios, dice con razón: «Lo que fomentó las insurrecciones fué el espíritu de herejía; los herejes Enrique y Pedro de Bruis en Francia, Tenchelin en Flandes, y Arnaldo de Brescia en Italia, amotinaron á los pueblos contra los obispos con sus predicaciones contra el poder temporal de la Iglesia, y los obispos que se resistieron contra aquellas innovaciones cumplieron con su deber.»

Así lo dice Dom Brial, por más que ni los cronistas de la época, enemigos de los municipios, ni los Papas de entonces en sus escritos, hubiesen dicho que la herejía tuviese cosa alguna que ver con las libertades municipales.

Pero hay cosas que el Señor no quiere se descubran cuando parece que convendría descubrirlas, y prepara el germen humano para que después de varias generaciones tome cuerpo y se haga benedictino para declarar la recóndita causa de un hecho ya olvidado.

El arzobispo de Reims lo había entendido de otro modo. Sin pararse á reflexionar en si eran ó no heréticas las libertades municipales, confesaba que la libertad fué siempre como si dijéramos cargante para la Iglesia, y por esto de parte de San Pablo decía á los siervos que fueran sumisos y dóciles no sólo con los señores buenos, sino también con los malos y sin entrañas.

Cuya máxima es excelente hasta para los mozos de matadero, y daría muy buen resultado para con las reses taurinas, si los toros fuesen capaces de discernimiento como los siervos.

En fin, ello es que se formó un episcopado boyante, militante y triunfante.

Entre los guerreros más célebres de la Edad Media suenan siempre nombres de prelados; en las gestas de Federico Barbaroja luce heroicamente el arzobispo de Maguncia; el obispo de Beauvais se hizo célebre por su valor guerrero, y no faltó

algún meticulouso que le echó en cara su afición á las armas, y el Papa mismo le prohibió servirse de la espada.

Por cierto que el obispo, con singular ingenio, concilió enseguida la obediencia debida al Pontífice con la satisfacción de sus belicosos instintos.

Dejó la espada y se armó de una maza; y dice la crónica que en la batalla de Bouvines no hubo guerrero que matara tantos enemigos como él. Después que los había derribado con la maza, daba orden á sus hombres de armas para que los degollaran, diciendo que no quería desobedecer el mandato del Papa, el cual le prohibía manchar sus manos con sangre.

Los concilios prohibieron repetidas veces á todos los obispos el uso de armas; pero cuando la causa de Dios á lo mejor exigía de sopetón que el Papa mismo se hiciera guerrero, ¿de qué servían los cánones? ¿Cañones habría querido tener el Papa á fin de acabar cuanto antes con los enemigos de la ley de Dios!

Y cuando los hechos se muestran exigentes, no hay Espíritu Santo que valga. Por esto sucedió que no sólo los obispos llegaron á ser los generales de la cristiandad, sino que se llegó á despedir á un obispo porque no servía para guerrero.

Si á la muerte de Oton IV quiso Luis I tener algún reposo, hubo de comenzar asegurando á los obispos, príncipes eclesiásticos, que no intervendría para nada en las cosas de su jurisdicción.

Si Jaime I se hacía dueño de la isla de Ibiza, al arzobispo de Tarragona se la debía, que éste la había conquistado.

Y no es de extrañar que una vez dueño de Valencia purificase las mezquitas, nombrase su correspondiente obispo y distribuyese las tierras entre los templarios, los sanjuanistas, los santiaguistas, los calatravos, los dominicos y los franciscanos.

¿Quién fundó entonces la soberanía del clero en Dinamarca? El arzobispo de Lund, Jacobo Erlanden.

El levantó fortalezas, derribó el trono del rey Cristóbal, declaró en entredicho á todo el reino si el rey llegaba á consentir que se hiciera el menor daño á un obispo, y amenazó con la excomunión si al cabo de un mes de suceder cosa semejante no se había subsanado el daño.

Por cierto que aquel rey, enemigo de la Iglesia, murió asesinado.

Eran aquellos tiempos, tiempos de paz, generalmente hablando, con unos breves períodos de guerra.

(Continuad)